

TEMA I:

ESTRATEGIAS DE VIDA, CAMBIOS EN LA
TENENCIA DE LA TIERRA Y CAMBIOS
DEMOGRÁFICOS EN EL MUNDO RURAL

CAMBIOS EN LA RURALIDAD Y EN LAS ESTRATEGIAS DE VIDA EN EL MUNDO RURAL. UNA RELECTURA DE ANTIGUAS Y NUEVAS DEFINICIONES

Alejandro Diez

El régimen de las relaciones económico-sociales en el campesinado (agrícola y comunal) nos muestra la existencia de todas las contradicciones propias de cualquier economía mercantil, y de cualquier capitalismo: competencia, lucha por la independencia económica, acaparamiento de la tierra (comprada y tomada en arriendo), concentración de la propiedad en manos de una minoría, desplazamiento de la mayoría a las filas del proletariado y su explotación por la minoría a través del capital mercantil y de la contratación de braceros.

Vladimir Ilich Lenin. *El desarrollo del capitalismo en Rusia* [1899]. Lima: UNMSM, 1971. 180.

En la actualidad, la unidad económica campesina en casi todas partes está ligada al mercado capitalista de mercancías; en muchos países sufre la influencia del capital financiero que le ha hecho empréstitos, y coexiste con la industria organizada al modo capitalista y, en algunos lugares, también con la agricultura capitalista. Las empresas campesinas tienen interrelaciones sociales demasiado complejas con todos estos elementos en la economía actual.

Alexander Chayanov. *La organización de la unidad económica campesina* [1925]. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974. 42.

Hacia las primeras décadas del siglo XX, los científicos sociales observaban la coexistencia entre economías campesinas, formas tradicionales de gran propiedad y nuevas formas de explotación de la tierra orientadas al mercado bajo modalidades y lógicas capitalistas. Veían en ello procesos de cambio en marcha que transformaban las relaciones sociales rurales y agrarias, pero también constataban persistencias y diversas lógicas en juego, dependientes de las posiciones teóricas e ideológicas de cada científico (o político). Sus explicaciones de las contradicciones que encontraban en las relaciones sociales del campesinado nos parecen sospechosamente actuales, al extremo de que una mirada poco acuciosa podría trasponer textos escritos hace casi cien años para describir situaciones contemporáneas en el espacio rural peruano.

Y, sin embargo, hay diferencias. Estas vienen, de un lado, de la propia situación, que no es la misma que en la Rusia zarista de principios del siglo XX que analizaban Chayanov y Lenin. Y de otro, de algunos cambios en los enfoques de los analistas e investigadores agrarios, que disponemos de nuevas herramientas y conceptos para interrogar la realidad. Ya a principios de los ochenta, Lehmann (1980 y 1986) señalaba las limitaciones de los planteamientos rusos para las realidades latinoamericanas y de otros países emergentes en vías de transformación, constatando la coexistencia entre formas de proletarianización y lo que él denominaba “empresas campesinas”, expresión con la que se refería a la pequeña explotación familiar orientada al mercado, campesina a fin de cuentas. Veía que el contexto latinoamericano de la época proponía una serie de elementos no incorporados en los análisis clásicos: el crecimiento poblacional y los bajos ingresos, la creciente inserción a un sistema capitalista internacional, la introducción de nuevas tecnologías y la ilimitada oferta de fuerza de trabajo rural, la importancia del aparato del estado en las políticas agrarias y la omnipresencia de la actividad comercial que articulaba espacios rurales y urbanos. Constataba entonces la coexistencia de formas diversas del campesinado con la gran propiedad, señalando que el análisis de la diferenciación campesina era insuficiente e incluso innecesario: “los campesinos ricos van a los pueblos a comerciar, y pueden pasar largos períodos en los poblados, plantaciones y minas, especialmente durante su juventud; asimismo los campesinos pobres; pero los primeros tendrán éxito en ahorrar un poco durante su permanencia dentro del proletariado, mientras los menos afortunados tendrán que emplear sus ahorros para sobrevivir”

(ibíd.: 23). El tema crítico de la economía campesina es su imperiosa necesidad de tierra, su condición subordinada y su condición de actividad de sobrevivencia antes que capitalista: la economía campesina “no tiene que ser (económicamente) exitosa”, sino asegurar el mantenimiento de las familias. Y, sin embargo, una serie de familias logra un relativo enriquecimiento.

Creemos que nuestro contexto actual es aún más complejo. La interrelación entre espacios rurales y urbanos es más estrecha y densa; las formas de comunicación e interrelación y la movilidad espacial de las familias (y sus miembros, individualmente) es mucho mayor; se han multiplicado los repertorios de actividades y oportunidades económicas, sociales y políticas de los pobladores rurales. Como consecuencia de todo ello, las formas de coexistencia de las unidades (y lógicas) económico-productivas son también más complejas y a múltiples niveles. Y ello se traduce en las estrategias de vida de las familias de pobladores y productores rurales.

El reto de esta ponencia es brindar una mirada a las estrategias de vida de las familias rurales agrarias (campesinas, productoras, trabajadoras) desde sus prácticas y sus resultados en los nuevos contextos cambiantes de los escenarios rurales contemporáneos. Los trabajos sobre estos temas son numerosos, pero no tanto como la realidad exigiría para dar cuenta de la complejidad del fenómeno. Nuestro punto de atención son las estrategias familiares y las prácticas de las familias como eje integrador. Para ello, comenzamos con un recuento de los trabajos sobre los contextos en los que desarrollan y desenvuelven dichas estrategias, procurando esbozar los espacios rurales múltiples y múltiplemente imbricados con los espacios urbanos que proporcionan los campos o arenas de acción e interacción de las familias rurales. Así, toda la primera parte corresponde a la presentación de los nuevos contextos rurales. En ella, los conceptos de *nueva ruralidad* y *pluriactividad* en el campo nos parecen útiles para enmarcar *grosso modo* las nuevas situaciones del contexto y de las familias. Luego elaboramos –a partir de los trabajos revisados– una breve caracterización de la pequeña agricultura comercial y la agricultura campesina, para analizar en seguida algunas de las nuevas actividades en los espacios rurales: minería, turismo y empleo rural. Parte importante de este contexto son también los cambios en la tenencia de la tierra, que abordamos en extenso desde los procesos y programas de titulación individual y colectiva

y la (re)valorización de las tierras como activos, y las presiones comerciales sobre la tierra, como los procesos de acaparamiento o de defensa de la misma en las últimas décadas. Para cerrar la primera parte, ofrecemos una serie de observaciones generales sobre el contexto en el que se desenvuelven las estrategias campesinas.

La segunda parte del texto aborda propiamente el tema de las estrategias familiares. Procuramos en esta hacer un balance sobre las diversas estrategias de vida (campesinas y no campesinas) de las familias rurales a partir de diversos trabajos referidos a las mismas desde varios enfoques: desde la economía, los estudios cualitativos y las aproximaciones a los cambios en estrategias productivas y de defensa de la tierra. Para ello, desarrollamos brevemente algunos debates en torno al concepto de estrategias de vida, esbozando algunas de las características de los nuevos hogares rurales peruanos, que constituyen actualmente unidades domésticas más pequeñas que en décadas pasadas, pero con mayor nivel educativo y mayor movilidad. Seguidamente pasamos revista a una serie de trabajos sobre *estrategias de vida* campesinas desde diversos enfoques: estudios económicos sobre pequeños productores rurales y sobre economías campesinas integradas diferenciadamente al mercado en el tiempo; también una serie de estudios cualitativos sobre localidades específicas en la sierra, ceja de selva y costa, y algunos estudios acerca de cambios ocurridos en estrategias productivas y de defensa de la tierra. El conjunto de investigaciones existentes muestra una serie de regularidades y permite, creemos, una caracterización de las estrategias que desarrollan las familias rurales, tanto para producir y acumular e insertarse en el mercado, como para consolidar activos, adaptarse a contextos y medios diversos y cambiantes o minimizar riesgos.

Finalmente, como cierre de esta ponencia de balance, proponemos algunas líneas de discusión y debate alrededor de viejas y nuevas problemáticas y viejos y nuevos conceptos y enfoques. A partir de una pregunta general sobre la caracterización de los espacios rurales, pero sobre todo acerca de la persistencia de un campesinado o sociedad campesina en los contextos cambiantes y, a partir de ello, de la necesidad de poner al día viejos debates y conceptos, proponemos preguntas e intuiciones sobre los retos que plantea el análisis del espacio rural cambiante y de sus igualmente cambiantes actores contemporáneos.

PRIMERA PARTE:

Nuevos contextos rurales (y urbanos)

1. *Nueva ruralidad y pluriactividad en el campo como nuevos contextos para el análisis de las estrategias campesinas*

Varios Sepias anteriores se ocuparon de reseñar los cambios en los espacios y dinámicas sociales en el medio rural desde la perspectiva de las organizaciones, la demografía, el espacio, los procesos de cambio de las instituciones estatales y el territorio, y los cambios culturales (Revesz 1997; Diez 1999; Hurtado 2000; Urrutia 2002; Remy 2004; Degregori y Huber 2006). Todos ellos constataron la dificultad de analizar un ámbito con poblaciones móviles y transformaciones económicas, sociales y culturales.

Los mismos cambios, con diversos matices, han sido constatados y analizados en general en Latinoamérica y en otras zonas (Giarraca 2001; Leader 1998). En el proceso de esas constataciones, han modificado las perspectivas del análisis de los espacios rurales y, con ellos, de sus poblaciones, que ya no pueden ser vistas como conjuntos de productores o residentes separados de los espacios urbanos y zonas centrales y sus dinámicas.

Asumimos el enfoque de la *nueva ruralidad* entendiéndola como la interrelación (múltiple) entre espacios urbanos y rurales que supone y explica una serie de transformaciones del espacio rural y modifica con ello nuestras perspectivas de análisis. En este enfoque es fundamental considerar la relación entre los espacios rural y urbano, la circulación de los agentes y pobladores, la presencia de actividades no agropecuarias en el campo, entre otros aspectos. Hay pocos trabajos en el Perú referidos a la nueva ruralidad que, sumados a los referidos del Sepia, constatan las transformaciones generales planteadas por este enfoque. Vigo (2006) muestra cómo la campiña de Moche reorienta sus actividades en permanente cambio de portafolio de cultivos (forrajes, ganado), pero sobre todo cómo se generan procesos de transferencia de tierras y el paso a otras actividades, como la restauración en centros y restaurantes recreacionales o la fabricación de ladrillos. Cetraro, Castro y Chávez (2007) plantean el paradigma en tanto nuevas exigencias del desarrollo y la articulación al mercado. Betancor y otros (2011) constatan también una serie

de cambios en varios países sudamericanos, y observan el declinante rol de la agricultura en la estrategia de ingresos rurales y la creciente importancia de las fuentes de ingreso no agrícolas, así como de las transferencias (privadas y públicas) como ingreso complementario para las familias.

La *nueva ruralidad* tiene su correlato en la multiplicación de posibilidades productivas y de actividades desarrolladas por los pobladores rurales. Estos cambios son analizados desde el enfoque de la *pluriactividad*. Este refiere la multiplicación de actividades de subsistencia, producción y acumulación de las familias rurales, experimentadas en el campo y otros espacios rurales latinoamericanos en las dos últimas décadas. Remite al desarrollo y la puesta en práctica de una serie de actividades generadoras de ingreso para las familias (rurales y no rurales), pero también a la aparición de nuevos actores no vinculados a ocupaciones agropecuarias, que residen en espacios rurales, dedicados a actividades de producción distintas a las tradicionales. Aun cuando muchas de estas actividades tienen sus centros de decisión y destinan su producción principal fuera del espacio rural, localmente se convierten en importantes fuentes de empleo y recursos (De Grammont y Martínez 2009).

Nueva ruralidad y pluriactividad en el campo son conceptos/enfoques que buscan dar cuenta de las transformaciones de las últimas décadas y caracterizar en nuevos términos los espacios rurales contemporáneos. En ese sentido, pretenden mostrar nuevas formas de producir para integrarse al mercado, así como alternativas de aprovechamiento de recursos que multiplican las opciones de las familias rurales; todo ello en un contexto de mayor movilidad y circulación de la población, y de expansión de derechos y prácticas democráticas. Varios de los trabajos revisados describen y analizan las expresiones de este nuevo espacio rural. Para efectos de este balance, nos concentraremos solo en algunas dimensiones de estos nuevos contextos, como paso previo al análisis de las estrategias de vida de la población rural. Así, esbozaremos brevemente una caracterización de la pequeña agricultura de la costa y de la agricultura campesina de la sierra; enseguida esbozaremos un breve resumen de tres de las nuevas oportunidades ocupacionales de la población rural (turismo, minería y empleo rural). Además de estas dos entradas, desarrollaremos con más extensión el tema de las nuevas presiones sobre la tierra generadas por las dinámicas de expansión del capital hacia entornos rurales.

2. Caracterización de la pequeña agricultura comercial de la costa peruana y la agricultura campesina de la sierra

Aun cuando el signo y la tendencia de los cambios reseñados líneas arriba son los de la disminución de la importancia agropecuaria de los espacios rurales y de la pequeña producción campesina como actividad dominante y característica de dichos espacios, lo cierto es que la pequeña producción y el campesinado parecen persistir a pesar de la disminución de la importancia económica y generadora de ingresos, laboral y ocupacional, e incluso social y de prestigio, de las actividades agropecuarias tradicionales. Así, la pequeña agricultura sigue siendo importante para una porción significativa del espacio y la población rural costeña, serrana y de ceja de montaña. En ese sentido, queda en debate –que retomaremos más adelante– qué tan campesinos son los pequeños productores de los espacios rurales señalados. Como sea, una serie de estudios permiten una caracterización gruesa, a partir de algunos trabajos analíticos a detalle, de esta producción agropecuaria rural.

En las últimas décadas, el espacio rural costeño disminuye sus áreas agropecuarias al mismo tiempo que se urbaniza y crecen los ámbitos urbanos. Este sigue siendo, sin embargo, la principal zona agrícola involucrada (y afectada) por la apertura de los mercados de tierra y los mercados financieros. Es en el espacio rural costeño donde se han introducido más rápidamente los cambios y avances tecnológicos que vienen incrementando significativamente la productividad de los principales cultivos (arroz, espárragos, frutales y otros, principalmente cultivos de exportación); es también el ámbito de expansión de nuevas formas empresariales de explotación agrícola que se convierten en el principal demandante de empleo (asalariado) rural y periurbano (Eguren 2003: 25). Esta expansión de formas empresariales viene de la mano con nuevas formas de aprovechamiento del agua del subsuelo y de aguas de proyectos de irrigación, las mismas que generan, por un lado, nuevas disputas por este bien cada vez más escaso, pero también, por el otro, salinización de tierras debido al ascenso de la napa freática en algunos valles.

La estructura agraria costeña acusa el predominio de la agricultura de menos de diez hectáreas, el estancamiento de las propiedades medianas y el incremento moderado de la mediana propiedad de diez a cien hectáreas. En los últimos años experimenta, además, un notable incremento de la gran explotación orientada a la exportación o la agroindustria (Eguren 2003). La imagen de conjunto que brinda la actual estructura agraria es de coexistencia (no siempre armoniosa) entre dos tipos de economías. Una comercial, que moviliza grandes capitales, a gran escala y de manejo empresarial, y que está orientada a la exportación y es generadora de empleo rural. La otra familiar, pequeña o mediana productora, que está articulada comercialmente a la anterior, produce básicamente para los mercados internos y eventualmente para el acopio de las agroindustrias o agroexportadoras, y es manejada por unidades domésticas y genera fundamentalmente autoempleo agropecuario.

En estas dos economías la rentabilidad es diferenciada. La mayor parte de las investigaciones muestra que la gran agricultura es claramente rentable (y se beneficia, además, de subsidios indirectos del Estado), mientras que la rentabilidad de la pequeña agricultura es muchísimo menor y, en todo caso, excepcional. Un estudio de la FAO sobre la rentabilidad de la agricultura de costa en Perú muestra una serie de resultados sumamente interesantes. A partir de una caracterización de seis tipos de productores: tres orientados al mercado (empresariales, medios y pequeños) y tres de pequeños productores (comerciales, de subsistencia y semiproletarios), el análisis de rentabilidad muestra que dos terceras partes de la muestra trabajan a pérdida, y reportan tasas de rentabilidad neta negativas: de diecinueve tipos de casos analizados, solo cinco tienen ganancia neta de la actividad agropecuaria (Gorriti 2003: 49). La supervivencia de estas unidades de producción se explicaría por sus tasas de rentabilidad bruta, que son positivas, lo que estaría mostrando una suerte de cálculo campesino en la determinación de la ganancia y la pérdida (cf. Mayer y Glave 1992). Así, la agricultura costeña aparece polarizada: de un lado, la gran empresa agropecuaria y agroindustrial, rentable y favorecida por las políticas del Estado, y del otro, la pequeña agricultura minifundista, que trabaja a pérdida, bajo cálculos campesinos de utilidad.

Del lado de la población y la producción campesina en la sierra, Escobal y Ponce (2012) elaboran un interesante estudio sobre los cambios en las familias campesinas en el largo plazo, comparando Yanamarca en Junín con Pomacanchi en Cusco. El estudio muestra que “la economía rural de estas dos zonas continúa siendo casi tan campesina como lo era hace treinta años” (59). Analizan los cambios generados en el entorno macroeconómico, las dinámicas poblacionales, el acceso a bienes y servicios y el rol de las políticas públicas en todo aquello. Los cambios en la estructura de precios con relación a la rentabilidad relativa de la agricultura tuvieron impactos en las estrategias de manejo de recursos naturales, entre ellos la intensificación de las actividades agrícolas, el incremento de la actividad pecuaria y la diversificación de estrategias de generación de ingresos.

En otro trabajo, que evalúa los impactos de programas de desarrollo, vemos que estos se constituyen en una nueva fuente de ingreso para las economías campesinas de los pobladores rurales. Aquellos que se vinculan a programas de desarrollo logran acumular activos, principalmente en bienes del hogar y bienes productivos (Escobal *et al.* 2012: 69). En general, en los mismos hogares el peso relativo del ingreso agrícola se ha reducido a favor del ingreso asalariado no agrícola y el proveniente de otras actividades independientes. Tienen también particular importancia las transferencias monetarias de los programas del Estado. El estudio muestra también un cambio en los patrones de alimentación, pues se ha incrementado en los últimos quince años el consumo de carnes y frutas, lo que supone también una mayor aceptación y dependencia de los mercados de alimentos.

El proceso retratado por los autores de ambos trabajos es el de una agricultura campesina dinámica, que se transforma y se adapta a los cambios macroeconómicos de su entorno, reorientando su actividad y aprovechando nuevas oportunidades; pero, que en términos de su rentabilidad, adaptación e integración, sigue correspondiendo a una población y una producción campesinas.

En la orilla interpretativa opuesta se sitúa el trabajo de Webb (2013). Constatando también el incremento del número y la importancia de las

actividades no agrícolas, llega a conclusiones muy diferentes de las de los autores citados arriba. Discutiendo la naturaleza de los términos de intercambio entre sociedad rural y sociedad mayor, y minimizando la importancia de las desigualdades o la exacción de renta, el autor postula que el desarrollo de la conectividad con los espacios urbanos ha generado un círculo virtuoso de crecimiento en el ámbito rural que genera un incremento de los precios, de los salarios y de los alimentos, fruto del incremento de la productividad y actividad “empresarial” no agropecuaria de la población rural (2013: 166-167). Para este autor, estamos asistiendo al fin del campesinado, que estaría siendo reemplazado por población emprendedora, orientada al mercado y con perspectivas empresariales de inserción a la economía nacional desde sus espacios rurales.

Tenemos entonces dos miradas contrapuestas sobre la pequeña producción agropecuaria de sierra: una que la encuentra aún campesina por sus términos de intercambio con la economía y el entorno macroeconómico mayor, y otra que la encuentra vinculada al mercado y aprovechando empresarialmente las oportunidades que le brinda el entorno. En suma, una que ve productores campesinos y otra que ve pequeños empresarios rurales.

3. Nuevas actividades y posibilidades para las estrategias campesinas: turismo, minería y empleo rural

Los repertorios de actividades productivas de las familias campesinas se amplían hacia nuevas tareas y ocupaciones agropecuarias y no agropecuarias, incrementándose el abanico (ya bastante amplio) de actividades generadoras de ingreso. La novedad es que muchas de estas nuevas actividades se desarrollan a partir de la cada vez mayor vinculación entre los espacios rurales y las demandas urbanas. Sabemos que las familias campesinas cuentan con un repertorio mayor de actividades; pero aún conocemos poco sobre los impactos de estas actividades en los ingresos campesinos, en sus alternativas de vida y en sus dinámicas cotidianas. Y desconocemos, sobre todo, el impacto acumulado resultante. Muchas de estas actividades aparecen y son interpretadas como alternativas al desarrollo agropecuario, capaces de generar un cambio en la producción y en la sociedad. Aun cuando no hay evidencia suficiente, los pocos trabajos existentes que reseñamos a continuación invitan más bien

a la cautela en la especulación, a la espera de nuevos trabajos de mayor alcance y profundidad sobre el particular. En las siguientes líneas, abordamos brevemente algunos estudios referidos a los impactos del turismo, la minería y el empleo en los espacios rurales peruanos.

En el discurso de las autoridades municipales de múltiples distritos y provincias del país, el turismo es presentado como una alternativa que permitirá un cambio significativo en el desarrollo local. Los reportes de PromPerú y las agencias de promoción turística destacan múltiples experiencias que permiten a los visitantes aproximarse a la población rural (tradicional) y compartir su modo de vida, promoviendo por la vía del *turismo comunitario* el desarrollo de las poblaciones. Sin embargo, los pocos trabajos existentes muestran que la actividad genera efectos bastante limitados en términos de desarrollo local, aunque interesantes en otros sentidos. Incluso en localidades como Máncora, polo de atracción turística, la actividad tiene un efecto limitado en la población rural (más significativos fueron en su tiempo la producción de carbón, la pesca o la actividad petrolera). No obstante, el turismo genera efectos colaterales: incrementa los ingresos municipales y favorece también un importante desarrollo de infraestructura de servicios urbanos (González 2007). En comunidades nativas esse eja, en donde la actividad viene generando un imaginario sobre su capacidad de transformación de la sociedad, el turismo altera muy poco la cotidianeidad. Los jóvenes son los más entusiastas con sus posibilidades y, en términos generales, ven la actividad como un trabajo menos penoso que las actividades tradicionales. Aun cuando la comunidad produce algo de artesanía para vender –y se quiere vender más– se vende poco; en cualquier caso, el poco dinero recibido es apreciado, necesario y tiene además un valor simbólico. Además, los proyectos y emprendimientos asociados al turismo generan una serie de pequeñas mejoras en infraestructura colectiva, educación y otros servicios (Biffi 2005). Una situación similar se observa en comunidades cusqueñas, en las que el turismo aparece también como una oportunidad para la generación de ingresos, tanto por la vía de la producción de artesanías como por la oferta de servicios (tanto en turismo comunitario como, sobre todo, como portadores en aquellas comunidades en las rutas del Camino Inca a Machu Picchu). En cualquier caso, las promesas del desarrollo a través del turismo continúan siendo inconclusas y desiguales: la artesanía reporta ingresos, pero limitados, y el turismo comunitario y los

servicios se distribuyen desigualmente, aunque generan ingresos importantes para quienes logran insertarse en dichos circuitos (Verástegui 2013; Málaga 2012). Los beneficios colaterales son también importantes: la actividad mejora la infraestructura de servicios en municipios y comunidades, lo que favorece a sus pobladores, a pesar de que los efectos son diferenciados en cada caso.

Por su parte, la presencia de actividades mineras ha generado una serie de sinergias y eslabonamientos económicos. Aunque la población se moviliza y protesta a nivel nacional frente a lo que considera una amenaza para el medio ambiente, así como por su autonomía, su economía y la autodeterminación, hay evidencia de que la antigua actividad minera estaba también correlacionada con efectos de bonanza y riqueza (ver Hualgayoc). Trabajos como el de Koc (2001) muestran la importancia de la minería en las estrategias de algunas familias de pastores. Más recientemente, el trabajo de Zegarra, Orihuela y Paredes (2007) proporciona algunos elementos para estimar los efectos de la actividad en los ingresos de las familias cercanas a las explotaciones. Contra varios de los discursos imperantes, la presencia de las empresas mineras trae algunos efectos positivos tanto en los ingresos como en los gastos de las familias. Sin embargo, el desequilibrio entre ellos podría indicar que el incremento de ingresos no es permanente ni sostenido, sino transitorio. Por otro lado, parece claro que los beneficios se distribuyen desigualmente: favorecen más a los que tienen mayores niveles educativos y desempeñan actividades no agrarias, benefician a grupos específicos y dejan fuera a parte de la población, que no solo no se beneficia sino que, eventualmente, resulta afectada.

El estudio evidencia también algunos efectos adversos en la provisión de servicios y una mayor incidencia de enfermedades en poblaciones urbanas adyacentes a las explotaciones. Por último, la minería genera competencia por recursos particularmente con la actividad agrícola, con lo que hay suficiente evidencia como para entender, económicamente, el conflicto y la protesta. Empresas comunales y turnos laborales son alternativas importantes para la generación de ingresos de familias campesinas adyacentes a grandes explotaciones, y ciertamente la cercanía de una mina genera una serie de sinergias productivas, como ya se señaló en el balance de Damonte (2008). Hay que indicar, además, que existe un vacío importante en la investigación

en lo que se refiere a los efectos de la minería informal sobre los ingresos y la economía de las familias y poblaciones rurales adyacentes a las explotaciones. Sabemos que es, ciertamente, una alternativa productiva con efectos evidentes en el consumo y los ingresos de la población rural, y que atrae a una porción significativa de la mano de obra rural joven, pero no conocemos la extensión de los eslabonamientos económicos, sociales y productivos que genera la actividad en los espacios rurales.

Empleo rural agrícola y no agrícola

Uno de los fenómenos que llama más la atención en los procesos de transformación rural en América Latina en las dos últimas décadas es el crecimiento del empleo rural no agrícola y la creciente importancia de los ingresos no agrícolas entre las familias campesinas y rurales en general. Un relativamente reciente estudio de la CEPAL busca dar cuenta del fenómeno, que aparece como general en el subcontinente (Reardon, Berdegue y Escobar 2004). Según este, los ingresos no agrícolas pueden llegar a significar hasta el 50% del total familiar, con variaciones importantes entre regiones y países. En general, el empleo rural no agrícola se reporta en crecimiento, aunque con un fuerte componente de autoempleo. El mismo trabajo constata también algunas regularidades interesantes: en muchos casos, existe un desarrollo de la pluriactividad defensiva, pues el desarrollo de actividades no agrícolas se explica por la disminución del ingreso por la actividad agrícola. Curiosamente, el estudio comparado minimiza la importancia, en términos generales, de la migración como fuente de empleo. Finalmente, encuentra una relación entre el dinamismo de la economía y la multiplicación de la importancia de los ingresos no agrícolas. En general, ante mayor disponibilidad de tierras se recurre menos al empleo rural no agrícola y, en tanto este es mayor, se reportan mejores ingresos.

Para el caso peruano, Escobar (2004) señala un crecimiento del empleo de los hogares fuera del predio: si los ingresos netos por actividades extraprediales llegan al 51%, estas no pueden ser consideradas marginales. Este crecimiento es concomitante con las reformas de liberalización de la economía y el gran esfuerzo de inversión del Estado en zonas rurales (carreteras, electrificación, agua potable). Los hogares acceden a bienes públicos como carreteras y a bienes privados como educación y crédito; con ello, los hogares

rurales “incrementan su empleo autónomo, así como su empleo asalariado en el sector no agrícola”. Pobres y ricos participan del sector no agrícola: los primeros, que no cuentan con tierra, ganado o capital suficientes, para solventarse con la agricultura, en tanto que quienes tienen educación, aptitud, crédito, acceso a caminos y electricidad tienen facilidad para desempeñar actividades no agropecuarias (2004: 162).

Un tema central y poco trabajado es el desarrollo de oportunidades laborales —en ámbitos rurales o urbanos— generadas por diversos tipos de empresas: desde las agroexportadoras hasta las que realizan actividades extractivas. En general, las empresas se convierten en alternativas laborales interesantes que aseguran un ingreso a la población de extracción campesina. Así, por ejemplo, el empleo brindado en zonas como Tintaya o Las Bambas asegura ingresos mínimos muy apreciados por la población (Cuadros 2012: 217). Al mismo tiempo, estos empleos en empresas generan cambios en las expectativas de la población, en particular la femenina, que busca oportunidades laborales en desmedro de actividades reproductivas tradicionales vinculadas al hogar.

4. Cambios en la tenencia de la tierra: de la titulación individual a los procesos de defensa colectiva de la tierra

En los últimos años, múltiples agencias gubernamentales, intergubernamentales y privadas, así como gremios y organizaciones campesinas de cuatro continentes constatan y llaman la atención sobre un proceso global que se ha dado por llamar, en inglés, “*land grab*” y, en español, “presiones comerciales sobre la tierra”. Constatan el incremento, a nivel global, de grandes extensiones de tierra acaparadas y adquiridas por corporaciones o estados (Cotula *et al.* 2013). Esta presión sobre la tierra tiene múltiples manifestaciones particulares en diversas regiones del planeta; en el Perú, una serie de estudios han ido trazando el proceso de generación de esta demanda y sus efectos en las poblaciones rurales. Para efectos de este balance, organizamos los trabajos sobre el particular en tres conjuntos sucesivos de estudios y análisis de lo que podríamos llamar el ciclo de las presiones (legales y reales) sobre la tierra: a) los cambios en el valor de la tierra y los procesos de titulación de la propiedad agraria, b) las presiones comerciales sobre la tierra y c) los procesos de defensa desencadenados a partir de los mismos.

Cambios en el valor y tensiones para la titulación de la tierra

La pretensión de convertirnos en un país de propietarios de tierras y, sobre todo, de generar las condiciones para que la tierra sea considerada un factor de producción, parte del supuesto de que la generación de un mercado de tierras sería lo ideal para una asignación eficiente del recurso. Así, desde inicios de los noventa, el Estado ha desarrollado una serie de programas sucesivos para el saneamiento legal de la propiedad agraria y rural: el Programa Especial de Titulación de Tierras (PETT), auspiciado por el BID bajo endeudamiento público, que fue continuado por el Programa de Registro y Titulación de Tierras (PRT2). La implementación de estos programas ha dado lugar a una serie de estudios sobre sus alcances y efectos, pero también sobre su conveniencia como estrategia de desarrollo rural.

A partir de los decretos legislativos y, sobre todo, de la promulgación de la Ley de Promoción de Inversiones en el Sector Agrario (Ley 26505, 1995), se ha realizado, desde el derecho, una serie de trabajos de análisis sobre esta y sobre los procesos de propiedad que se podrían generar al amparo del nuevo marco legislativo. Estos, continuando lo planteado por los trabajos de Figallo (1989 y 1991) y de Del Castillo (1995 y 1997), inciden en los posibles efectos de la legislación en la generación o no de un mercado de tierras, que era de preocupación de los organismos multilaterales y del propio Estado. Estas investigaciones debaten los condicionamientos y procesos implicados en el cambio de la legislación y los procedimientos de registro de tierras, centrándose en los posibles caminos que se abren a los procesos de propiedad.

Por su lado, los trabajos desde la economía estiman los efectos de la puesta en práctica de los decretos. Así, Zegarra (1996 y 1999) analiza las transacciones de tierras y constata que estas se desarrollan en el marco de incertidumbre, presiones, información imperfecta y altos costos de transacción, de tal manera que la realidad “parece contradecir todos los supuestos de mercados perfectos” (1996: 70). Varios estudios, además, señalan que los procesos de titulación tuvieron un reducido éxito en la generación de un mercado de tierras, y señalan que liberalizar la propiedad no es para ello una condición suficiente (Alvarado 1996; Zegarra 1999). Sin embargo, la titulación

parecería tener un efecto “positivo” en las transferencias locales de tierras, pues se incrementan los procesos de alquiler y aparcería (Zegarra 2006).

No todos los resultados son unánimes. Diez años después, un estudio desarrollado por ESAN (2008)¹ llega a otro tipo de conclusiones. A partir de una encuesta nacional, con un frágil marco teórico y bajo supuestos y generalizaciones poco informados (por no decir tendenciosos), el estudio se pregunta sobre la factibilidad de la titulación individual en comunidades. Concluye que el desarrollo de la economía de mercado genera un supuesto “anhelo” de derechos de propiedad en los comuneros: según sus resultados, el 81% de ellos, a nivel nacional, está de acuerdo con la titulación, y el 80% desea un título individual. Sin embargo, según sus mismos datos, solo el 47% de los dirigentes está de acuerdo con la titulación y el 70% opina que la comunidad debe seguir existiendo tras la titulación. Cruzado (2001), analizando el caso de la comunidad de Catacaos, señala la misma ambigüedad: la demanda por el doble título (familiar y comunal) estaba en el centro de las disputas por la legitimidad de los títulos generados por los programas del Estado, las mismas que terminaron por dividir la comunidad al punto de generar dos directivas paralelas, alineadas en posiciones protítulo familiar o protítulo de conjunto (comunal). Otros trabajos recientes en espacios tan distantes y distintos como las comunidades de Huancavelica (Diez 2012) muestran que el título no es necesariamente una garantía de propiedad exclusiva, pues pesan sobre él una serie de consideraciones y derechos de familiares y de la propia comunidad.

Fort y Aldana (2001) muestran tempranamente que la titulación y el registro generan algunos efectos positivos en la capitalización de los predios de costa, permiten un mayor acceso al crédito formal y brindan certeza sobre la apropiación de los beneficios futuros. En cambio en la sierra, donde también hay una relación positiva entre registro y acceso al crédito, el impacto no es significativo. Precisan, al respecto, que en estos casos es la pertenencia a la comunidad

¹ El estudio de ESAN se pregunta sobre qué tan arraigado está el concepto de titulación individual y cómo se definen las normas de usufructo, así como sobre la importancia de las tierras conducidas comunalmente y la delimitación de las tierras de conducción familiar. Programáticamente se preguntan si los comuneros quieren título individual, si es posible encarar el proceso, cuál sería su efecto y, si en ese contexto, se puede mantener la comunidad.

campesina lo que permite mejores niveles de capitalización, con lo que la pertenencia a una comunidad genera un importante nivel de seguridad de tenencia en sus miembros. En todo caso, el registro no constituye una condición suficiente para acceder al crédito formal: los productores de costa de menos de tres hectáreas y los de sierra de menos de media no incrementan sus posibilidades de acceder a crédito con la titulación. Solo la pertenencia a organizaciones –que permite ampliar la escala de sus operaciones– lo posibilita (31).

Como balance, el conjunto de trabajos muestra que, en los primeros años, los efectos de los programas de titulación de tierras fueron más bien tenues. Aunque el acceso al crédito por parte de los agricultores mejoró en algunos casos (particularmente entre las fincas más grandes) y se estimuló el uso de insumos y la inversión en las parcelas, no se aprecia que se hayan desarrollado o incrementado la circulación o las transferencias de tierras (Zegarra 2001).

¿Traen la titulación y el registro de la propiedad un incremento en el valor de la tierra? De los Ríos y Trivelli (2008) exploran los múltiples cambios y correlaciones entre diversas valoraciones de la tierra, con la intención de evaluar si el libre mercado de tierras facilita la maximización de la productividad y una asignación óptima de la tierra. Para ello, analizando casos en el valle del Mantaro, en Piura y en Chepén, establecen cuatro formas diferentes de valoración de la tierra: su productividad marginal, el valor derivado de su rentabilidad promedio, el valor subjetivo de la tierra y su valor en el mercado. Lo primero que constatan es que en los últimos años ha habido un incremento en el valor de la tierra en Piura, donde se ha incrementado 5,8% anual entre 1997 y el 2007; en el Mantaro el incremento ha sido de 13,5% anual entre el 2003 y el 2007 y en Chepén de 2,4% entre el 2006 y el 2007. Los análisis comparados entre las diversas valoraciones muestran divergencias en el valle del Mantaro y convergencias en Piura y Chepén. Por ello, en el primer caso, el valor de la tierra depende más de criterios subjetivos que del mercado, en tanto que en los otros dos hay mayor correspondencia entre la rentabilidad de la tierra, su valor subjetivo y su valor de mercado. En el valle del Mantaro, el valor de la tierra se define por la especulación de proyectos semiurbanos, pero también por su condición de activo sociocultural y como depósito de valor, lo que genera “distorsiones” en el precio de la tierra. En general, los que participan de los mercados de tierras mejoran significativamente su nivel

de ingresos entre el 2003 y el 2007. En las zonas costeras, por su parte, los agricultores más eficientes, que compran tierras y tienden a acumular, son los que tienen mayor productividad, acceso a mercados de créditos y asistencia técnica, mientras que los vendedores son los que tienden a asignarle un menor valor a la tierra. En estos casos, el valor subjetivo de la tierra sirve como guía para el mercado.

Por su parte, Glave (2010) aborda el problema desde la renta de la tierra. Distinguiendo entre *renta absoluta* y *renta diferencial*, y a partir de casos recogidos en diversos ámbitos, muestra las diferencias en los precios de aparcería y venta. Con relación a las operaciones mineras, en los casos de Antamina, La Granja y Tintaya, se pasa de mecanismos de valorización basados en tasaciones o fijados por la empresa a precios negociados con estas, en procesos que califica como más “políticos” que “técnicos”. El valor-precio de la transferencia de las tierras pasa en estos casos por una negociación en la que el pago por la tierra depende de los términos de la relación entre la población, los propietarios y la empresa, antes que en una evaluación del valor de la tierra, una estimación de su rentabilidad o, incluso, que la consideración de los precios de un eventual –y en realidad inexistente– “mercado” de tierras.

En lo que se refiere al acceso y, en particular, a la titularidad de la propiedad de la tierra, continúa existiendo una brecha importante de género. El censo agropecuario de 1994 señala que las mujeres tenían menor acceso a títulos de propiedad que los varones, y que aquellas que contaban con estos tenían propiedades más pequeñas. Estudios recientes muestran también inequidad en el acceso femenino a recursos productivos y económicos, pues en su mayoría las mujeres comuneras no están inscritas en los padrones comunales y por lo tanto no aparecen siquiera como cotitulares de derechos a las tierras (Ruiz Bravo y Castro 2012: 19). En Huancavelica, las normas de herencia y transmisión de tierras, así como de derechos a las mismas, favorecen claramente a los varones en desmedro de las mujeres (Diez 2012). El análisis comparado del acceso de las mujeres a tierras comunales en Bolivia y Guatemala (Lastarria-Cornhiel 2010) muestra cambios en las normas legales y en las prácticas, lo que en general contribuye a la mejora de la posición de las mujeres, pero no garantiza su empoderamiento efectivo. El conjunto de trabajos apunta a señalar la necesidad de entender la propiedad y el territorio

como referentes principales y a las identidades como activos claves para visualizar posibilidades y obstáculos.

Las presiones sobre la tierra y los procesos de concentración de la propiedad

En las dos últimas décadas se aprecia un importante incremento de la presión y la demanda de tierra por parte de empresas privadas. En consonancia con las tendencias globales de presión y demanda por el recurso tierra (Cotula *et al.* 2013), en el Perú se aprecian dos grandes procesos/movimientos referidos a la tenencia y la propiedad de la tierra: de un lado, la creciente demanda por la adquisición de grandes extensiones de terrenos, por lo general para el desarrollo de proyectos de inversión tanto de industrias extractivas como de agroindustria de exportación; del otro, la generación de procesos de defensa de la propiedad y reclamos por control territorial y nuevas formas de visualizar los derechos sobre la tierra.

Los trabajos de Burneo (2011) y Wiener (2011) sistematizan los procesos y efectos de la concentración de tierras de las últimas décadas en los casos del Perú y de América Latina, respectivamente. Los procesos de concentración tienen a la base leyes que favorecen la inversión así como la inexistencia de límites a la propiedad. La acumulación de tierras se genera por la convergencia de múltiples tendencias: la ampliación de la frontera agrícola y el desarrollo de nuevas irrigaciones; la privatización de los complejos agroindustriales (cañeros); los cambios en las lógicas empresariales y el impulso y la promoción por parte del Estado de la gran inversión agropecuaria, y la necesidad de adquisición de tierras superficiales para el desarrollo de proyectos de minería.

Así, en la costa, entre las tierras de nuevas explotaciones y las múltiples pequeñas transferencias de parceleros, se han desarrollado nuevas empresas orientadas principalmente a la exportación y la producción de biocombustibles, las mismas que generan procesos de proletarización de la población rural adyacente. En Piura y en Ica, por ejemplo, solo en el 2009 se han transferido más de 20 000 hectáreas, 13 600 en Piura y 9175 en Ica, a cinco y siete propietarios empresariales respectivamente (Burneo 2011: 16). En menor medida, el proceso se produce también en la selva y en la sierra. En tres departamentos de

la sierra, por ejemplo, existen concesiones para el cultivo de palma aceitera por 52 829 hectáreas a nombre de tres empresas, con proyección de ampliación hasta 307 329 a nombre de nueve empresas en total. El análisis a profundidad de algunos casos ilustra casos extremos de la magnitud del fenómeno y la polarización de la propiedad: en el valle del Chira 11% de los predios ocupan 84,2% de las tierras; en Lambayeque, 0,3% de los predios son propietarios del 81% de las tierras; en Ica, 18 predios ocupan 11 000 hectáreas (ibíd.: 37). En zonas como Olmos, el proceso viene asociado además a la privatización y afectación de la disponibilidad del agua (Del Castillo 2012), y se han decantado a favor de la gran inversión las tensiones y diversas voces y perspectivas existentes antes del proceso de remate de las tierras irrigadas por el proyecto (Burneo y Elizarbe 1999). Los procesos de irrigación en proceso comprometerían a futuro más de 700 000 hectáreas, entre proyectos de mejoramiento (374 700) y ampliación (392 000), en diez proyectos costeros.

La tierra se convierte en un bien escaso no solo por la mayor presión desde agentes externos, sino también por el crecimiento demográfico. En este contexto y para el caso de Amantani, Gascón coloca el problema en términos de presión sobre los recursos antes que sobre las formas o tipos de propiedad (1996). Un proceso semejante, aunque no exactamente igual, se produce en el caso de las concesiones mineras y forestales (Burneo 2011: 27-28), en que se generan presiones más territoriales que propietarias sobre la tierra. Al respecto, los mapas publicados secuencialmente por Cooperación, IBC, DAR y otras redes orientadas a la defensa de los derechos de comunidades locales frente a las industrias extractivas dan cuenta de la magnitud del fenómeno a nivel nacional, que afecta zonas de costa, sierra, selva y litoral.

Procesos de defensa de la tierra

La contrapartida de los procesos de concentración de tierras son las movilizaciones, protestas y acciones orientadas a la reivindicación de estas y de los derechos colectivos, campesinos e indígenas, sobre las mismas. Al igual que la presión hacia la concentración de tierras, la defensa de la propiedad y los territorios son también procesos globales y confluyentes, aunque de signo contrario: mercantilización de los factores de producción y exacerbación de la demanda por tierra y recursos, de un lado, y procesos de generación de

conciencia ecológica, revitalización indígena y generación de redes internacionales de defensa social, del otro (Diez 2012). En su balance sobre la propiedad de la tierra en comunidades campesinas, Burneo (2007) analiza también los contextos legales y los procesos de defensa de la propiedad de la tierra en el marco de una legislación que favorece claramente la *transabilidad* de la misma.

Castillo (2009) muestra cómo los cambios en la legislación internacional se constituyen en un instrumento para la defensa de las tierras colectivas, en particular indígenas, señalando como un hito el fallo del Tribunal Constitucional en el caso de la Cordillera Escalera a favor de la Comunidad de Tres Islas. García Hierro (2012) destaca, por su parte, los avances en los procesos de titulación y defensa de tierras para las comunidades amazónicas, alrededor de reivindicaciones territoriales desde discursos indígenas que enfatizan su carácter complejo y polisémico: como ámbito de la autodeterminación, hábitat de identidad, espacio de gestión, democracia y gobernanza, patrimonio cultural que involucra “actores individuales y colectivos, reales o simbólicos, presentes y futuros” (2012: 158).

Es por estas consideraciones que Bebbington (2009), así como algunos de sus colaboradores (Hinojosa 2009), señalan que los procesos de defensa de la tierra están relacionados con las estrategias de consolidación de activos y negocian los paradigmas de desarrollo, condicionando y modificando (generando) los contextos en los que se desenvuelven.

El conjunto de trabajos parece señalar algunos temas críticos y también algunas tendencias referidas al valor de las tierras y a las condiciones de su transferencia que incluyen tanto sus condiciones y posibilidades (ubicación, características, disponibilidad de recursos superficiales y en subsuelo), su saneamiento y estatus legal (titulación y registro), su valor monetario (precio), las relaciones sociales implicadas (antes, durante y después de la transferencia), así como los efectos de estas para las sociedades locales. En el marco global de presión sobre la tierra y sus recursos, la tierra vuelve a ser un factor crítico y *leitmotiv* de desencuentros y disputas entre grandes propietarios privados y poblaciones locales (comunitarias y no comunitarias), como lo era hace un siglo, en el anterior ciclo de expansión capitalista en la costa y andes peruanos. La diferencia está en que hay nuevos tipos de demandas y nuevos contextos de

escasez de recursos (en particular el agua) y en que, hasta el momento, el Estado –preocupado por la necesidad de incrementar inversión privada– no decide (¿aún?) convertirse en mediador y redistribuidor, a través del establecimiento de normas que regulen las condiciones de la disputa. Mientras que en 1920, el ciclo de revueltas campesinas fue atendido por el Estado, lo que generó el reconocimiento de las comunidades indígenas y permitió establecer normas de intangibilidad de sus tierras a partir de dicha fecha, hoy se siguen –y seguramente se seguirán– generando procesos de defensa de la propiedad y del territorio frente a la expansión de las empresas en los ámbitos rurales.

Al mismo tiempo, hay un claro incremento en el número de transferencias de tierras y en su valor monetario, tanto de pequeños propietarios y comunidades hacia grandes empresas, como entre pobladores campesinos; además de la incesante transferencia de tierras agrarias para su habilitación urbana. No disponemos aún de estadísticas sobre las transferencias de tierras. Varios de los trabajos reseñados muestran un proceso de adquisición de tierras agrícolas por grandes corporaciones en zonas de costa y de compras de terrenos para la implementación de proyectos mineros en zonas de sierra. Además hay indicios y noticias de compras especulativas en varias zonas del país. Ello ha sido facilitado por los procesos de titulación que, más allá de los logros y el déficit de cobertura, han generado procesos de registro individual y comunal en todo el país: hay más campesinos y comuneros formalmente “propietarios” de sus tierras.

La importante tercera constatación refiere las múltiples consideraciones y fuentes de valoración de la tierra –entre las que se incluyen valores de “mercado” por la demanda creciente de recursos en diversos ámbitos– que han multiplicado varias veces su valor en las dos últimas décadas. Operan también consideraciones históricas, identitarias y culturales, que vinculan a las poblaciones rurales con los territorios que habitan y que provienen de una larga historia de trabajo y residencia, pero también de defensa de la misma frente a terceros, lo que facilita el sentido común defensivo de la población frente a la demanda por sus tierras. Además intervienen en dichas valoraciones nuevas consideraciones del valor de la tierra como activo, que van desde su valor como reserva de recursos (agua o bosques), hasta su valor especulativo o nuevos valores para su explotación, como el paisaje y sus usos turísticos, por ejemplo. En este marco, las negociaciones por la transferencia de las tierras implican

valores de transferencia de la tierra en sí, pero también vínculos y condiciones de entendimiento y acuerdo entre las poblaciones implicadas y los interesados en los recursos, que van más allá de un contrato de compra-venta.

5. Algunas constataciones sobre los cambios en los contextos

Nuevas actividades y nuevos procesos muestran una serie de características relativamente inéditas, pero no exclusivas del escenario rural contemporáneo, que constituyen el contexto en el que se desarrollan las estrategias de vida de la población rural. Sin pretender exhaustividad, nos parece importante destacar algunas de estas.

En primer lugar, existe mayor vinculación entre los procesos y fenómenos locales y un conjunto de procesos globales que afectan el desarrollo de las sociedades agrarias a escala mundial. Temas como la expansión de los mercados de productos y de factores se extienden a los procesos de concentración de la propiedad para el desarrollo de empresas vinculadas a la producción global de alimentos o de combustibles, lo que genera cambios en las condiciones de producción, en la oferta de empleo y, por consiguiente, también en las estrategias de las familias rurales.

En una dirección semejante, los cambios en la legislación sobre la propiedad agraria han desencadenado una serie de procesos de titulación y reivindicaciones de derechos tanto territoriales como propietarios. La tierra se ha convertido en un bien transable y, aun cuando no existe un mercado generalizado de pequeñas parcelas, sí hay importantes transferencias de propiedad (principalmente en zonas de “agro reformado”), así como circulación de tierra por pequeñas transferencias, pero también por alquiler y otras transacciones. A esto se suma la incorporación de nuevas zonas agrarias por irrigación y por la expansión de la frontera agraria en zonas de selva. Ambos procesos, sumados a las condiciones macroeconómicas y las políticas del Estado favorables a la gran inversión y al agro de exportación, han generado la aparición y desarrollo de grandes complejos agroempresariales en zonas de costa y selva principalmente: “neo haciendas” que suponen la presencia de nuevos actores –con intereses capitalistas y residencia urbana– que desencadenan eslabonamientos en la producción y nuevas dinámicas de empleo

agrícola, rural y urbano. La presencia –y la preeminencia en las políticas estatales– de la gran propiedad y la gran explotación cambia parte de las condiciones de reproducción de la sociedad y la población agraria rural peruana en amplias regiones del país.

El proceso de afirmación de la propiedad viene de la mano con múltiples revaloraciones de la tierra en varios sentidos, económicos y no económicos: no solo cambia su valor transable y se elevan los precios de venta de las tierras agrícolas y otras, sino también sus formas de valoración: la tierra es valorada por lo que puede brindar como factor de producción, pero también como patrimonio, además de una serie de otras valoraciones y recursos asociados a ella, como el agua y el bosque. Se generan así procesos de reivindicación y defensa de la tierra como bien colectivo, o de acceso privativo de poblaciones específicas, como comunidades campesinas y nativas. Muchos de estos movimientos de defensa manejan discursos dobles y complejos de reivindicación territorial sobre los recursos. Estos procesos compiten con las demandas y tendencias a la privatización de la tierra, individual o colectivamente, también expresadas y defendidas por una porción de la población rural, campesina e indígena.

Asociados al crecimiento de la empresa agrícola, se generan nuevos mercados laborales de gran demanda de fuerza de trabajo que atraen migración y generan empleo masivo pero de baja calidad y con bajas remuneraciones, y bajo condiciones muy diferentes a las formas laborales de la época de la hacienda. Estos cambios generan en la costa una suerte de “proletariado rural”, que en realidad es cada vez más “urbano” por sus condiciones de residencia. Veremos más adelante que esta posibilidad de empleo se inscribe en las posibilidades y estrategias de las familias rurales.

Los cambios en las formas de propiedad y el manejo de grandes extensiones de cultivos modifican también diversas características de la producción: varía el portafolio de cultivos, que se orienta en zonas de expansión a cultivos comerciales; se generan eslabonamientos con la pequeña producción y la producción campesina adyacente a grandes explotaciones; cambian en parte las reglas y condiciones de manejo del recurso agua, y, al cambiar las condiciones de riego, se genera salinización en zonas de costa. Todo ello, sumado a efectos

del cambio climático, que también obligan en la sierra a modificaciones en los patrones de cultivo y los ciclos de producción, ha alterado el “paisaje” agrario en las últimas décadas.

Finalmente, los procesos más amplios de transformación de los espacios rurales –poco reseñados aquí, pero sujetos de análisis y balance en encuentros anteriores del Sepia– configuran un nuevo escenario rural más insertado a las dinámicas de pueblos, ciudades –y mercados–, que incrementan en el ámbito rural la importancia de actividades no agropecuarias que abren un abanico de nuevas actividades posibles para las estrategias de vida de las familias campesinas: desde empleo “urbano” o rural, hasta trabajo en minería, turismo, comercio u otras actividades.

SEGUNDA PARTE:

Cambios en las estrategias de vida de las familias

6. *Apuntes sobre cambios demográficos: Algunas (pocas) características de los (nuevos) hogares rurales peruanos*

A pesar de la poca información, y a la espera de los resultados del censo, algunos trabajos existentes proporcionan una “fotografía con baja resolución” de las características de la población y las familias rurales peruanas contemporáneas.

En la población rural las familias tienen mayor número de hijos que las de la población urbana. Aunque la brecha se va cerrando, las unidades de aquellas siguen siendo mayores que las de estas. En zonas rurales hay un porcentaje mayor de hogares conducidos por un varón cuyo promedio de edad es dos años mayor que sus pares urbanos. Además, los del campo cuentan con menos años de escolaridad (7,4 en el ámbito rural, frente al 10,8 urbano). A pesar de todos los cambios y las nuevas actividades productivas generadoras de ingreso, la mayor parte de la población rural continúa dedicándose a labores agropecuarias: en el 2004, 80% de las familias las declaraban como una actividad principal.

El trabajo de Escobal y Ponce (2012) anteriormente citado proporciona también información sobre la composición poblacional de los hogares campesinos productores en Junín (Yanamarca) y Cusco (Pomacanchi). Sus encuestas muestran en primer lugar un cambio en la estructura de los hogares y la distribución etaria de la población. Los hogares parecen reducirse: en Yanamarca tenían 4,8 miembros y en el 2007 solo 3,8, en tanto que en Pomacanchi la reducción es menor, pues sus unidades ya eran pequeñas en el año base (3,7 en 1981; 3,6 en 2007). En Yanamarca y Pomacanchi decrece el porcentaje de la población menor de diez años y se incrementa la mayor de cuarenta. En Pomacanchi también aumenta la población de entre quince y treinta años. La etnicidad (tomando como referencia la lengua materna) permanece constante: Pomacanchi sigue siendo quechua y Yanamarca mestiza. Se constata, también, un incremento en el acceso a la escuela: el porcentaje en el caso de la educación secundaria subió de 22 a 32% en Junín, y de 4 a 23% en Cusco. En Yanamarca hay además un 17% de población que alcanza educación superior. El aumento del nivel promedio de la educación fue de tres años en Pomacanchi y solo de uno en Yanamarca, lo que evidencia una fuerte diferencia en el punto de partida.

En cuanto a la pobreza rural, las tasas se incrementaron en el período 1998-2001, y decrecieron posteriormente, entre el 2001 y el 2006. La disminución de la pobreza rural es notoria en la costa sur y en la selva, y significativamente menor en la sierra (Zegarra y Tuesta 2009: 309). En contra de lo esperado, en la costa norte no existe una relación estadísticamente significativa entre crecimiento del valor bruto de la producción (VBP) agrícola y la reducción de la pobreza rural. En todas las zonas de la sierra, por su parte, el ingreso agrícola promedio de las familias es inferior al no agrícola; y dado que los ingresos no mejoran, se puede afirmar que el no agrícola es amortiguador de la caída en el ingreso (ibíd.: 317).

Lo que parece estar consolidándose es la doble residencia y, con ella, las estrategias “a dos pies” de una porción significativa de la población rural. Varios estudios sobre estrategias campesinas hacen especial hincapié en el hecho de que una parte de los miembros de las familias nucleares rurales se encuentran residiendo fuera del espacio local, donde realizan actividades productivas, de empleo o de estudios. Koc (2001) muestra el desarrollo

de un patrón de doble residencia (en la localidad y en una ciudad cercana); se observa que mantener dos casas es una preocupación e inversión importante, y que es experimentada de manera diferente dependiendo de la economía familiar: para los más acomodados es una forma de acumulación, mientras que para los más pobres es una alternativa temporal. Lozano clasifica las familias migrantes de la selva de Puno como permanentes, que tienen una importante actividad productiva y residencia en una o dos zonas, o como flotantes, aquellas que también residen en dos o más localidades y se desplazan entre ellas dependiendo de oportunidades y condiciones externas (2006: 120). Barriga muestra para la selva de Cusco la tendencia a la adquisición de una segunda vivienda por parte de los productores cafetaleros (2009: 198). Lo mismo se reporta para Áncash, en donde antiguas familias de trabajadores de haciendas tienen ahora un vínculo muy estrecho entre la residencia en la comunidad de origen y la ciudad de Huaraz (Sánchez 2010). La movilidad de la población también es constatada en una serie de otros estudios como parte de las estrategias y prácticas habituales de las familias rurales (De Haan y Zoomers 2005). Además se reporta gran cantidad de viviendas cerradas, lo que indicaría también doble residencia (Escobal y Ponce 2012).

La evidencia parece apuntar a una nueva familia nuclear rural: más pequeña, con mayor nivel educativo y mayor movilidad y, eventualmente, con separación residencial de sus miembros. Las nuevas unidades familiares rurales son aún agropecuarias, aunque con tendencia a la diversificación de actividades para la generación de ingresos principales, extra rurales y extra agrarios. Se trata de familias rurales interconectadas con espacios urbanos, que acuden y participan de mercados diversos, y mantienen crecientemente vínculos múltiples con el entorno globalizado.

Hay, sin embargo, una serie de interrogantes, que esperamos que el censo agrario de próxima publicación contribuya a despejar. Es esperable un proceso de envejecimiento de la población en general y, con ello, de los propietarios rurales. En el último censo (1993) los propietarios rurales eran mayores de cuarenta años con tendencia al envejecimiento. Es importante saber si continuará esta tendencia. Muchos estudios contemporáneos reportan procesos de feminización del campo, tanto en el primer mundo como

en Latinoamérica. En el Perú no tenemos suficiente evidencia, aunque los reportes de la FAO señalan que el proceso también aquí se estaría dando. Finalmente, surge una serie de interrogantes respecto de la juventud rural y los procesos de reemplazo generacional: ¿se está produciendo?, ¿a qué velocidad?, ¿cuáles son sus características y cuál es el perfil de la nueva generación de pobladores agrarios? Más escépticamente se podría preguntar: ¿existe la juventud rural? (cf. Dirven 2004; Kay 2007).

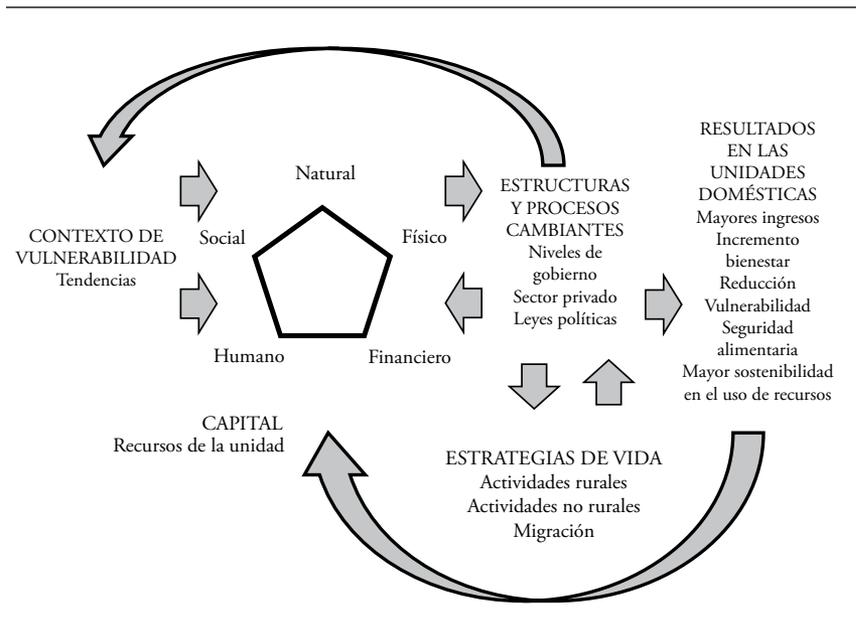
7. *Estrategias de vida* como concepto analítico

El uso del concepto *estrategias de vida* como paradigma de análisis de las poblaciones campesinas tiene una doble trayectoria. De un lado, se inscribe en los debates sobre la unidad de análisis del campesinado y sobre la familia campesina; del otro, forma parte de las discusiones y paradigmas sobre el desarrollo y las políticas públicas necesarias para la superación de la pobreza. Si inicialmente se utilizaba el concepto *estrategias de supervivencia* para reseñar las condiciones de vida de las familias en entornos de pobreza, hacia fines de la década del ochenta empieza a transformarse en paradigma de análisis en términos de la sostenibilidad de las estrategias campesinas de vida. En ese sentido, hacia 1987, su uso se empieza a generalizar a partir de una conferencia internacional (global) sobre estrategias de vida sostenibles (*sustainable rural livelihoods*) centrada en las opciones y oportunidades de las familias, como alternativa para los análisis y estudios sobre hogares (*households*). Una vez sistematizado, el concepto/paradigma es adoptado por un conjunto de institutos y agencias multilaterales internacionales como OXFAM, CARE, FIDA, PNUD y otras (Scoones 1998). Poco a poco comienza a incluir también una serie de dimensiones vinculadas con la adaptación de las familias campesinas a los entornos y contextos en los que deben desenvolverse (Singh y Kalala 1995).

El influyente artículo de Conway y Chambers (1992, 5), que sistematizó el concepto/enfoque y contribuyó a su difusión y aplicación, define *estrategia de vida* o *medio de supervivencia* como “las capacidades, valores y actividades de las familias campesinas para proveerse sus medios de vida”. Con ello comprende los activos o capitales (naturales, físicos, humanos, financieros o sociales) de que disponen las familias, las actividades que desarrollan y el acceso a recursos y medios de producción (mediado por instituciones y

relaciones sociales). El enfoque se centraba en los medios de ganarse la vida en términos de los activos y *stocks* de las familias, de sus recursos y del acceso a otros. El enfoque aportaba como novedad el uso de recursos provenientes de diversas fuentes y el desarrollo de estrategias, lo que involucraba tanto actividades rurales como no rurales e incluso la migración. Además, brindaba particular atención a los resultados o efectos de las estrategias (*livelihood outcomes*), como se muestra en el esquema siguiente:

ESQUEMA 1
Estrategias de vida (1992)²



Fuente: Conway y Chambers 1992.

² Tomado de: http://www.geog.ox.ac.uk/research/landscape/projects/adaptive/pdfs/3a_Livelihoods_approach.pdf

A la adaptación de este enfoque en los protocolos y marcos de organismos multilaterales y agencias internacionales de desarrollo le sigue una “generación de estudios sobre *livelihood*, centrados en las acciones de las familias campesinas en términos del acceso a oportunidades y de la toma de decisiones, así como la asunción de prácticas inintencionadas” (Scoones: 45). Estos estudios desarrollan diversos marcos y tipologías para el análisis de las decisiones y prácticas estratégicas de los hogares rurales (pobres).

Estas perspectivas desde los medios de vida están claramente enfocadas y orientadas al análisis microeconómico de la producción de los hogares y a sus patrones de sobrevivencia o acumulación productiva, así como en términos de actividades generadoras de ingresos (Scoones 2009). Lo central de este enfoque era establecer un vínculo entre los *inputs* y los *outputs*, entre los capitales o activos de las familias y sus resultados en un marco ambiental e institucional específico y determinado localmente.

Aunque se trata de un enfoque globalmente dominante en los estudios sobre desarrollo y análisis de las dinámicas de las familias campesinas, existen debates alrededor del concepto. Se discute, por ejemplo, acerca de los términos más apropiados para explicar e interpretar las combinaciones de actividades desarrolladas como medios de vida y de desarrollo de las familias. A pesar de que “estrategias” es el término más difundido, que entiende estas desde el análisis *ex post* de los conjuntos de actividades más o menos regulares que se observan en una población rural dada, algunos autores señalan que sería más apropiado referirse a estos como “estilos” (*styles*), entendidos como repertorios culturales específicos compuestos por experiencias compartidas, conocimientos, percepciones, intereses, prospectos e interpretaciones sobre el contexto, como sets integrados de prácticas y artefactos (como cultivos, herramientas, relaciones con el mercado, tecnología e instituciones) y respuestas a políticas públicas (De Haan y Zoomers 2009: 40). De esta manera se propondría una suerte de perspectiva *emic* desde los actores. Otros autores, en cambio, prefieren el término “rutas” (*pathways*) para referirse a regularidades observables más que a repertorios específicos; estas conformarían patrones en cuyo marco se desenvuelven las estrategias

de medios de vida. El término "trayectorias" se utilizaría para referirse a los procesos de los actores individuales (ibíd.: 42).

Un tema central en estos debates es la discusión sobre la intencionalidad o no intencionalidad de las acciones y combinaciones de actividades analizadas. Unas perspectivas apuntan a "prácticas e itinerarios compartidos" de alguna manera no intencionales, y otras a combinaciones a partir de decisiones racionales e instrumentales y conscientemente orientadas (Bebbington 1999). Algunos autores solucionan el problema definiendo las estrategias no como una planificación previa paso a paso, sino en términos de la existencia de visiones de futuro que orientan paulatinamente las acciones en la medida en que se aproximan o no a una meta más o menos definida (Zoomers 1999).

En el balance de Scoones (2009) se reporta una serie de limitaciones de este enfoque de estrategias que resulta importante reseñar y tener en cuenta para futuras investigaciones. Se señala temas no considerados o no suficientemente incorporados en el enfoque que introducen variantes importantes para el análisis planteado: los cambios en las estrategias introducidos por la globalización y los efectos de esta; sus vínculos con temas relacionados con el poder y la política, en particular aquellos referidos a la gobernanza de los recursos; los nuevos retos y temas planteados por el cambio climático y, finalmente, los temas referidos a los cambios de la economía en el largo plazo. A partir de ello, el autor propone un cambio de enfoque que se oriente a pensar las estrategias en términos de conocimientos, políticas, escalas y dinámicas (ibíd.: 181-182). Resumiendo la crítica, el enfoque hace abstracción de las cuestiones políticas e históricas de las estrategias campesinas, circunscribiéndolas a un análisis más económico. Se deja de lado, así, un análisis político y de equilibrios entre las posibilidades de acción restringidas de las familias en ambientes que la literatura clásica llamaría "de dominación".

Más allá de los debates, en las dos últimas décadas se ha desarrollado una serie de trabajos y análisis bajo el enfoque de las *estrategias campesinas*, tanto en el Perú, como en América Latina, que procuramos reseñar y analizar en este balance.

8. Estudios sobre estrategias en América Latina

Hacia finales de los noventa, Zoomers y otros (1999) publicaron *Estrategias campesinas en el Sur Andino de Bolivia*, un extenso trabajo sobre las diversas formas en que las unidades domésticas campesinas de una región responden a oportunidades y limitaciones para garantizar su sustento, articularse al mercado y satisfacer sus necesidades e intereses. El estudio distingue cuatro tipos de estrategias: acumulación, consolidación, compensación y seguridad. Las *estrategias de acumulación* parten de recursos mínimos a partir de los cuales las familias inician un proceso de mediano o largo plazo de acumulación de activos en tierra y capacidad de trabajo; estas se combinan por lo general con la emigración temporal. Llegados a cierto nivel de acumulación, se desarrollan *estrategias de consolidación*, por lo general en familias con adultos mayores, en las que cobra gran importancia la adquisición de tierras y activos. Por su parte, las *estrategias compensatorias* responden a otras lógicas: se implementan luego de un *shock* económico, como la pérdida de cosechas o la muerte de un familiar, y aluden a la construcción de vínculos que garanticen un soporte en dichos casos. Finalmente, las *estrategias de seguridad* refieren las diversas medidas adaptativas a las condiciones de producción existentes en el medio de trabajo y corresponden a una serie de prácticas que garantizan niveles mínimos de logro (diversificación de cultivos, multiparcelas, etc.). Según Zoomers, en las estrategias campesinas tiene particular importancia el momento del ciclo de vida de las familias, pero también los puntos de partida en términos de recursos, la experiencia acumulada y los resultados obtenidos en anteriores iniciativas y prácticas, entre otros factores.

De Janvry y Sadoulet (2000) proponen una tipología de trayectorias “de salida de la pobreza” de los hogares rurales: *trayectorias de éxodo*, que involucran lógicas de desplazamiento y envío de remesas; *trayectorias agrícolas*, a través de la especialización cuando se cuenta o se pueden adquirir activos suficientes; *trayectorias pluriactivas*, que combinan actividades prediales a pequeña escala con fuentes de ingreso no prediales, y *trayectorias asistenciales*, dependientes de transferencias. Por su parte, Scoones propone su análisis

a partir de tres tipos de estrategias básicas que explican las prácticas de la población rural: de intensificación, que extienden las bases de la productividad agropecuaria; de diversificación de medios de vida, y de migración y envío de remesas (2009: 127).

En un análisis sobre cuatro países latinoamericanos (Chile, Ecuador, El Salvador, México), Betancor y otros (2011) construyen una tipología de siete modalidades de familias de acuerdo con las estrategias económicas privilegiadas por ellas: con portafolio diversificado, predial-agrícola, asalariada agrícola, rural no agrícola, dependiente de remesas, dependiente del Estado y familias especializadas. Los autores enfatizan en su balance la característica diversificada de los hogares latinoamericanos: en Chile, Ecuador y El Salvador, un tercio exhibe una fuerte diversificación, y en México, dos tercios (2011: 25). Finalmente, formulan algunas conclusiones-constataciones respecto de las unidades económicas más pobres: 1) la agricultura sigue siendo una fuente importante de sustento para los hogares pobres (aun cuando la importancia es diversa según los países); 2) los hogares pobres se hacen crecientemente dependientes (transferencias públicas y privadas), y 3) el empleo rural no agrícola contribuye significativamente a sacarlos de la pobreza.

También a nivel latinoamericano, Saez-Segura (2012) se pregunta sobre la relación entre las estrategias de vida, los activos asociados a ellas y las estrategias sostenibles, e identifica una serie de activos que se combinan en diversas estrategias de vida (trabajo agrícola y no agrícola, producción de café, remesas, mercados nicho), analizándolas desde cinco dimensiones (activos, infraestructura, contexto de vulnerabilidad y resultados obtenidos). Encuentra a partir de ello una relación directa entre el *stock* de capital y las estrategias desarrolladas. A partir de la combinación de nueve actividades principales, identifica entre campesinos cinco estrategias dominantes: 1) actividades no agrícolas con tendencia a la diversificación; 2) jornaleros agrícolas complementados con transferencias y asistencia social; 3) productores de café con tendencia a la diversificación; 4) economías de remesas, que incluyen asistencia, ganadería y autoconsumo, y 5) mercados nicho, con diversificación y pequeña transformación.

Graziano de Silva y otros (2009) se preguntan por la relación entre el crecimiento agrícola y la persistencia de la pobreza rural. A partir del análisis de diversos casos nacionales, analizan las correspondencias entre la bonanza económica y sus repercusiones sobre los hogares rurales pobres. El capítulo sobre Perú (Zegarra y Tuesta 2009, 300)³ muestra que “el *boom* agrícola de la última década en algunas áreas de la agricultura peruana ha tenido impactos limitados en la reducción de la pobreza rural”: un incremento del 10% del VBP agrícola reduce la pobreza en 4,8%. El estudio muestra que la capacidad del crecimiento para reducir la pobreza está concentrada en algunas zonas de costa sur y selva, y es mucho más limitada en la sierra por el bajo dinamismo agrícola de la región y los bajos retornos de los activos productivos de los agricultores. En algunas regiones, incluso, la pobreza ha crecido, con el empobrecimiento del quintil más pobre que ha visto reducidos sus ingresos.

En general, los estudios latinoamericanos desembocan en una serie de tipologías que, en conjunto, muestran diversas formas de adaptación de las familias a las oportunidades y contextos económicos específicos. Todos los trabajos reseñados tienen un sesgo hacia el análisis económico y buscan establecer qué estrategias son las más apropiadas para que las familias campesinas salgan de la pobreza y se consoliden como productores agrarios (o no agrarios) exitosamente integrados a las economías nacionales y globales. Muestran en su conjunto que las estrategias implican una combinación entre actividades agrícolas y no agrícolas, rurales y no rurales, e incluyen también la utilización (¿necesidad?) de contar con ingresos proveídos por medios externos, independientes de los recursos y el trabajo de las familias.

9. Análisis sobre estrategias campesinas en el Perú en las últimas décadas

Comenzaremos señalando que, a pesar de que el énfasis en las estrategias campesinas es una preocupación contemporánea, tan tempranamente como en el segundo Sepia encontramos algunos trabajos que llaman la atención

³ El estudio abarca el período 1998-2006.

sobre cambios y dinámicas diferentes en la producción y economía campesinas. En él, Quijandría (1988) analizaba los diversos sistemas productivos existentes en las regiones, con *stocks* y orientaciones diferenciados, y señalaba la necesidad de identificar estrategias también diferentes en cada uno de ellos a partir de sus distintas formas de integración al mercado, de su adopción de tecnología y de su acceso al crédito agrícola. Su análisis de estrategias estaba circunscrito a las formas de explotación mayor y a la preeminencia de algunos productos y crianzas. En ese marco, identificaba las estrategias de diversos tipos de productores: por un lado, los criadores de caprinos en la costa norte se centraban en el manejo del hato y el crecimiento del mismo, e incorporaban la diversificación y la migración; por otro, los agropastoralistas de puna se centraban en la esquila y venta de fibra, y criaban ovinos de manera complementaria, como estrategia de seguridad alimentaria. También reconocían sistemas mixtos, como en Junín y Cusco, centrados en el manejo de la mano de obra, en los que se cría animales de trabajo y hay preocupación por la alimentación del ganado. En el mismo Sepia, Loaliza (1988) señalaba también la generación de estrategias económicas de repliegue en comunidades de Ayacucho, en un contexto de inflación.

En las dos últimas décadas en el Perú, el análisis de las estrategias y medios de vida de las familias campesinas se ha enfocado y desarrollado desde cuatro perspectivas: 1) análisis económicos de comportamientos y cambios en las familias campesinas y hogares rurales desde perspectivas económicas; 2) estudios cualitativos sobre la diversidad de estrategias en familias rurales; 3) trabajos sobre estrategias productivas, particularmente desarrolladas frente al cambio climático, y 4) estrategias colectivas referidas a la defensa de la tierra y el territorio. Por facilidad expositiva, las presentaré y analizaré en este orden, para luego proporcionar una lectura de conjunto de lo que estos análisis señalan sobre las estrategias de vida de los hogares rurales peruanos.

Las estrategias desde la economía

El trabajo de Trivelli, Escobal y Revesz (2006) nos aproxima al análisis de las estrategias y comportamientos económicos de los pequeños productores comerciales de la costa de Piura y del valle del Mantaro. En la muestra analizada, los productores de Piura se hallan, en general, por

debajo del promedio de los ingresos costeños (595 USD por año frente a 980), en tanto que los del valle del Mantaro se hallan por encima de los promedios de la sierra rural (580 USD por año). En todos los casos, los pequeños agricultores del valle del Mantaro tienen mejores niveles de educación que los de los valles de Piura. La diferencia principal parece provenir de la importancia de la actividad agrícola en sus estrategias, mayor en Piura que en el Mantaro. El estudio muestra además que, conforme los hogares son menos pobres, tienen más capital social de superación y menos capital social de protección, como en el Mantaro, cuyo gasto promedio anual es de 803 USD –bastante más elevado que el promedio de la sierra rural (580 USD por año)–; en tanto que en Piura, en que los ingresos están en 595 USD anuales –bastante menores que los ingresos promedio de la costa (980 USD por año)– sucede lo inverso.

El trabajo muestra además que los campesinos piuranos consideran entre sus alternativas la posibilidad de que el Estado compre la producción en caso de desastres, sobreproducción y caída de precios y otros eventos; no sucede lo mismo en el valle del Mantaro. Esto ocurre quizá porque el Estado se percibe más cercano en Piura o porque allí los problemas afectan a grupos extendidos y homogéneos, en tanto que en el Mantaro se trata de grupos más pequeños, dispersos y más lejanos del poder regional y local. Frente a la eventualidad de *shocks*, se cuenta con la ayuda de familiares y amigos: 50% de los productores señala haberla recibido y el 74% señala la necesidad de mantener redes sociales de protección. Sin embargo, ello no sería útil para eventos generados por problemas de clima o cambio climático (covariados, en el texto). Por otro lado, el mercado de tierras de alquiler es más activo en el Mantaro que en Piura. Aparentemente la tierra es más escasa en Piura (60% señala necesitar más tierra contra solo 50% en el Mantaro). Finalmente, 13% de productores del Mantaro señala no trabajar más porque es muy riesgoso, lo que muestra que existe un cálculo previo sobre las posibilidades de éxito agrícola en las decisiones de cultivo, algo que no se aprecia en Piura (ibíd.: 32).

Existe una relación importante entre presencia de eventos inesperados y diversificación de actividades. Los productores prefieren cultivos más seguros (menos riesgosos en el proceso productivo, que requieren menos inversión o

que tienen mercados más estables), aunque ello suponga una menor rentabilidad. Parte del trabajo se centra en la orientación y capacidad de los pequeños productores para minimizar riesgos y proveerse de seguros: desde el uso de redes sociales hasta la reducción en el consumo del hogar⁴. “Estos hogares definen sus estrategias justamente de manera que les permita enfrentar este tipo de eventos. Tienen distintas estrategias productivas y de generación de ingresos [...], tienen estrategias de acumulación de activos de fácil realización en los mercados locales e invierten tiempo y recursos en mantener su capital social” (ibíd.: 163). Estas estrategias varían de acuerdo con los entornos y mercados existentes en cada caso: en el Mantaro diversifican sobre todo en los sectores que les generan ingreso (agro y no agro), y más los más pobres, que optan por estrategias de carácter más familiar; en Piura, por su parte, donde se encuentra mayor organización por líneas de productos, optan por acciones más colectivas, apostando por el arroz como cultivo de seguridad.

Una lectura interpretativa del texto parece mostrar que en Piura hay una pequeña agricultura comercial más “campesina”, en tanto que en el Mantaro esta sería más emprendedora y menos dependiente. No obstante, ambas serían, finalmente, “campesinas”, pues sus respuestas a las limitaciones productivas y a los cambios en sus respectivos entornos dificultan, en ambos casos, la especialización y las apuestas por la rentabilidad o la utilización de excedentes para invertir. Por ello, dados “los riesgos que enfrentan los hogares de los productores, las posibilidades de modernización, transformación e intensificación en la pequeña agricultura son limitadas, y si se dan, serán muy lentas” (ibíd.: 164).

El trabajo de Escobal y Ponce (2012), que compara la evolución de la economía campesina en dos zonas de la sierra (Junín y Cusco) durante más de tres décadas, permite una aproximación económica excepcional a las estrategias y lógicas de las familias campesinas de la sierra y sus cambios en el

⁴ Sin embargo, el trabajo muestra cómo, a pesar de ser una preocupación constante, un grupo importante de productores no logra superar los *shocks* (como los eventos de El Niño en Piura o la sequía en el Mantaro).

período analizado. El estudio identifica una serie de cambios en las estrategias de diversificación económica de los hogares entre 1982 y 2009, lo que permite una serie de contrastes en su evolución al comparar zonas inicialmente más “campesinas” (Pomacanchi - Cusco) con otras inicialmente más “integradas” o “modernas” (Yanamarca - Junín).

En primer lugar, se constata un incremento en los ingresos per cápita de las familias en las zonas tradicionales y una reducción de los mismos en las más modernas, aunque siguen siendo significativamente más altos que en las zona tradicional. Ello se genera, aparentemente, por un incremento en el caso de las familias de Pomacanchi a las que les estaría “yendo mejor”, en tanto que en Yanamarca habría un conjunto de agricultores “marginados”. A partir de ello, los autores deducen que la desigualdad de ingresos al interior de los territorios se habría incrementado notablemente (ibíd.: 38). Hay también cambios significativos en el capital pecuario: se reduce en Yanamarca y en Pomacanchi se incrementa. Además, en ambos casos, la disponibilidad de tierra agrícola disminuyó —más en el Mantaro que en Cusco—, lo que se traduce en la disminución de tierras por hogar.

En ambas zonas se aprecian cambios significativos en la estructura de los ingresos. Para el análisis correspondiente, los autores distinguen entre seis categorías que podrían caracterizarse como *medios de vida específicos*: ingresos agrícolas independientes, ingresos ganaderos independientes, otras actividades independientes (artesanía, minería), trabajo asalariado agrícola, trabajo asalariado no agrícola y, finalmente, remesas y transferencias.

Ambos lugares presentan también una reducción en la importancia de las actividades agrícolas como parte del ingreso familiar: en Yanamarca decreció desde más del 60%, hace veinticinco años, a poco más del 40% en la actualidad, y en Pomacanchi del 45% a poco más del 20% (ibíd.: 39). La diversificación del ingreso cambia también en relación con la distribución de la riqueza (valor total del patrimonio): Pomacanchi, zona menos rica, muestra más diversificación que Yanamarca que, con mayores niveles de riqueza, aparece como más especializada. Si bien en las dos zonas se ha incrementado la importancia del rubro remesas y transferencias, su composición es marcadamente diferenciada: en Yanamarca, 40% de estas provienen de remesas

familiares y 34% de pensiones, en tanto que en Pomacanchi provienen de transferencias desde programas de asistencia del Estado: 38% de programas públicos o 35% en alimentos (ibíd.: 40). En general, disminuye la importancia de los ingresos agrícolas y aumenta la importancia de los ingresos asociados a actividades pecuarias. La papa, el producto agrícola más importante en las dos localidades, muestra también una importante reducción. Los ingresos monetarios son más importantes, especialmente entre quienes tienen ingresos medios o altos.

Al final, la mirada comparativa entre las dos regiones muestra cierta convergencia hacia una situación intermedia en relación con los puntos de partida de las familias de ambas regiones en 1982; por descapitalización, en un caso, y por capitalización, en el otro, las familias de Junín y Cusco se aproximan entre sí (ibíd.: 43). En el balance, en ambas zonas disminuye la importancia de la agricultura como fuente de ingresos y se observan mayores niveles de dependencia de fuentes de ingreso extra locales y extra agrarias.

Estrategias desde los análisis cualitativos. Entre los trabajos cualitativos destaca un conjunto de tesis de antropología sobre estrategias campesinas. Koc (2001) analiza las desarrolladas por familias campesinas de Huachocolpa (Huancavelica) a partir de la presencia de una empresa minera mediana. Muestra que las estrategias ganaderas tradicionales evolucionan con el tiempo hacia tres tipos distintos: ganadera (que conserva la actividad tradicional como principal fuente de ingresos), comerciante-ganadera (que complementa ingresos con el desarrollo de pequeñas actividades comerciales en el ámbito local) y minera (que centra su ingreso del trabajo para la empresa). La naturaleza y la importancia de las actividades también cambian: si antes las principales eran la ganadería, en primer lugar, y la agricultura como actividad complementaria, ahora solo algunas familias mantienen este patrón, y son la contrata minera y el comercio las actividades más importantes en la generación de ingresos. La mayor parte de las familias combinan las que generan ingresos con otras que no lo hacen. La agricultura, antes complementaria para todas las familias, ahora solo lo es para algunas de ellas. Ganadería y agricultura pasan a ser, en la mayoría de los casos, actividades de seguro. Las expectativas de la población se centran en la educación de los hijos, la posibilidad de abrir un comercio y vivir en la ciudad.

Efectos semejantes se aprecian en zonas con desarrollo más reciente de industrias extractivas, que también revierten en cambios en la ocupación del espacio por parte de las familias y en procesos de diversificación de actividades. Estas incluyen el vínculo laboral con las empresas, pero también el desarrollo de otras de carácter no agrícolas, además de la migración (Salas 2009).

Una variante de esta evolución se observa en Cuncasca, antigua hacienda cerca de Áncash transformada en comunidad tras la Reforma Agraria. Las familias de los antiguos colonos pasaron, en el proceso del desarrollo de actividades agropecuarias y de venta de fuerza de trabajo, hacia actividades productivas agrícolas complementadas con el trabajo como profesionales y técnicos, o hacia el abandono de la actividad agropecuaria como principal, para dedicarse al comercio y trabajar como empleados urbanos (Sánchez 2010).

Por otra parte, Lozano (2006) encuentra tres tipos de estrategias entre familias campesinas de origen puneño en zonas de colonización amazónica: *acumulación*, asociada a la producción agropecuaria de café, y a la diversificación a través de la producción de frutales y el comercio; *compensación* con actividades de repliegue hacia el altiplano en el caso de caída de precios, y *seguridad*, expresada en la multiplicación de zonas de trabajo y desarrollo de actividades productivas (selva, altiplano, ciudad). Muestra, también, cómo las familias de migrantes se distribuyen entre tres espacios, de acuerdo con las oportunidades y trayectorias y sobre la base de dos objetivos de mediano y largo plazo: la educación de la siguiente generación y la acumulación de propiedades para entrega a los hijos. Señala que además de las tierras de colonización, se conserva cierto acceso a tierras altiplánicas a las que se recurre por migración temporal y, eventualmente, en tanto parte de la familia se encuentra en Juliaca realizando actividades comerciales o educativas. El estudio sugiere cierta tendencia hacia la diversificación de actividades y la disminución del peso de la actividad agrícola como generadora de ingresos (101).

Barriga (2009) analiza las estrategias de familias de La Convención desde la perspectiva de su afiliación o no a las cooperativas cafetaleras. Muestra, al respecto, diversas formas de asociación y vinculación, y

distingue entre familias vinculadas históricamente, familias asociadas y fuertemente vinculadas, familias vinculadas pero solo comercialmente y familias no vinculadas. El conjunto de estas muestra la existencia de un sustrato común productivo basado en la agricultura del café, la crianza complementaria de animales menores y la producción de cacao o miel. La participación en la cooperativa reporta dos tipos de beneficios: ingresos permanentes y relativamente seguros –principalmente para los socios– y un sistema de soporte para cobertura de riesgos en casos de crisis. Según el estudio, muy pocas familias acumulan o crecen a partir de la producción de café. La mayoría, más bien, consolida otras actividades: mejora sus tierras y cultivos e invierte en la educación de los hijos. La forma de acumular de algunas familias pasa por la diversificación de cultivos y la migración.

El trabajo de Lastra (2013) sobre familias productoras de café y miel en San Ignacio clasifica las estrategias de acuerdo con sus fines, distinguiendo entre estrategias de crecimiento, consolidación y acumulación, que, en cada caso, se combinan con acciones de mejoramiento de la productividad, generación de ingresos económicos, adquisición de viviendas y educación de los hijos, además de capacitación y aprendizaje del productor, asociatividad y una serie de actividades de protección. Muestra que las estrategias dependen del ciclo de vida de las familias. La asociatividad para la inserción al mercado es diferenciada de acuerdo con el producto: es útil y necesaria para el caso del café, que tiene una larga cadena de procesamiento para su exportación, pero solo es complementaria en productos de mercado local como la miel. En el caso analizado, aunque todas las familias producen sus propios alimentos, orientan su producción principal a la venta.

Un trabajo sobre las familias parceleras de Ica, cuya producción se articula a la agroindustria de exportación, muestra cómo ellas mantienen la actividad agrícola como estrategia de seguro, en tanto que su supervivencia, reproducción y orientación laboral productiva y generadora de ingresos se orienta a la venta de mano de obra y al desarrollo del pequeño comercio (Silva-Novoa 2011).

Los territorios amazónicos no son ajenos a estos procesos, como se desprende de los trabajos de Huamán (2004) y García Hierro (2012). El

primero muestra cómo la población nativa experimenta también la necesidad de garantizar y mantener la propiedad al mismo tiempo que necesita preservar la calidad del suelo, cambiando para ello sus prácticas de manejo y señala que esta, además, diversifica sus actividades para asegurar ingresos, lo que supone la venta de algunos productos agrícolas, la práctica de la migración temporal o definitiva y la necesidad de pensar en la asociatividad como estrategia de vinculación con el mercado.

Un balance de estos trabajos nos lleva a enfatizar un conjunto de regularidades. En primer lugar, casi todos ellos muestran diversas trayectorias de transformación de las actividades productivas tradicionales hacia formas más integradas, diversificadas y orientadas al mercado. Además, en casi todos los casos, las familias tienden a incorporar lógicas de acumulación, en la medida de sus posibilidades y puntos de partida, y para ello combinan actividades agropecuarias y no agropecuarias, rurales y no rurales, además del desplazamiento de parte de sus miembros. La multilocalidad de las familias es consecuencia de ello: las familias están cada vez más dispersas, pero también más conectadas. En estas estrategias de vida la educación es sumamente importante, pues amplía las posibilidades de la familia. En algunos casos, los cambios en las lógicas de asociatividad son también significativos: se conservan elementos tradicionales de seguridad y defensa y se incorporan otros elementos para la ampliación de las posibilidades de las familias.

Algunos de los trabajos reseñados, particularmente los que abordan períodos de mediano plazo, indican también que los ciclos demográficos de las familias son importantes en sus estrategias de acumulación: existe evidencia suficiente de que los procesos de acumulación familiar corresponden a familias ya consolidadas. Finalmente, a pesar de lo disperso de la data, el conjunto de casos analizados —en general bajo el signo común de orientación productiva hacia el mercado— muestran situaciones y perspectivas diferentes respecto del lugar de las actividades agropecuarias en sus estrategias de vida. En zonas andinas tradicionales, se aprecia una tendencia a la diversificación de actividades y una orientación creciente hacia actividades como el comercio, los estudios y el desarrollo profesional o la búsqueda de empleo urbano. Con excepción de la ganadería, que sigue cumpliendo un rol productivo importante, la actividad agrícola disminuye sostenidamente como estrategia

de generación de ingresos. En zonas de colonización, antigua o reciente, en ceja de selva, la actividad agropecuaria y, en particular, los cultivos orientados al mercado (café, frutales, miel) son la base principal de los ingresos. En estas zonas, las estrategias agropecuarias son dominantes como generadoras de actividad, aunque la educación y la asociatividad son también importantes. Por último, en zonas de costa cercanas a los polos de agroexportación, las actividades agropecuarias parecen convertirse en actividades de refugio y seguridad, dejando la función de generación de ingreso para otro tipo de actividades vinculadas a espacios urbanos.

Estrategias productivas

Un conjunto de trabajos se concentra en los cambios en las estrategias y actividades de los productores como resultado de factores como las lógicas mercantiles y de presión de los recursos y los efectos del cambio climático.

Analizando las lógicas de rotación de cultivos, Soto y otros (2012) muestran una serie de cambios en las estrategias de los productores de sierra en vista de su mayor o menor inserción a lógicas mercantiles: mientras un grupo mayoritario (51%) conserva prácticas tradicionales de acuerdo con el ciclo estándar de papa, quinua, cereal y descanso, un segundo grupo apuesta por la intensificación y el abonamiento, reduciendo o eliminando los períodos de descanso (20%), y uno tercero, más pequeño (7,5%), opta por alternativas en la rotación bajo la secuencia leguminosas, habas, alfalfa. Así, entre los productores analizados se identifican tres tipos de sistemas de rotación: tradicional, intensificado y altamente intensificado. El estudio muestra cierta propensión al cambio en los sistemas tradicionales de cultivo, hacia formas de intensificación y diversificación que resultan significativas como tendencias en el nivel del manejo de las parcelas.

Una serie algo mayor de trabajos se orienta más bien a las respuestas y estrategias campesinas frente al cambio climático. Postigo (2009) sistematiza una serie de casos y registra diversas respuestas en función de las regiones y actores involucrados: en Caylloma, por ejemplo, que cuenta con menor disponibilidad de agua, se aprecian cambios en las actividades productivas que apuntan a mejorar los sistemas de riego, introduciendo la

modalidad por aspersión, a modificar cultivos orientándose a nuevas especies más resistentes, con ciclos más cortos y alteración de calendarios agrarios, y a la implementación de proyectos y procesos de cosecha de agua. En Cusco, por su parte, además de estos mismos procesos y acciones, se reporta un incremento de la conflictividad intercomunal por el acceso al agua. En sus conclusiones, el estudio señala que en general “las estrategias frente al cambio climático son inexistentes o están en elaboración”, y que lo único que existe son planes de contingencia ante los eventos climáticos extremos (2009: 49).

Crespeigne y otros (2010) señalan, en cambio, una gama de actividades agronómicas para disminuir el riesgo frente al cambio climático, entre las que se cuentan la diversificación de cultivos y los cambios en los calendarios de siembra. Pero las principales perspectivas de respuesta ante el cambio climático empujan a las familias a salir de sus fronteras para realizar actividades no agronómicas que parecen ser estadísticamente más relevantes, como vender animales o buscar un puesto de trabajo –actividades generadoras de dinero—. En los ámbitos internos, las respuestas se orientan a sistemas de soporte y cooperación interfamiliar como el *ayni* o el *allapakuq* (ayuda en cosecha). Se observa, además, como es esperable, que las familias más pobres son las más vulnerables a los nuevos riesgos.

Estos trabajos parecen mostrar dos grandes factores de transformación en el manejo productivo: de un lado, estrategias de diversificación e intensificación de la producción que modifican los sistemas de manejo en busca del incremento de la productividad o de una mejor adaptación a los cambios climáticos; del otro, estrategias de adaptación y seguridad, orientadas a la conservación de los recursos ante los cambios que se generan en el entorno.

Estrategias colectivas-comunales

Existen trabajos que también analizan estrategias y prácticas colectivas, pero se concentran fundamentalmente en las de las comunidades campesinas. Etesse (2012) muestra, para el caso de Uñas en Huancayo, cómo en los procesos de urbanización de las comunidades se aprovechan los nuevos recursos urbanos sin perder el sentido de la organización comunal por la

incorporación territorial a las ciudades. Diez (2012) estudia los múltiples procesos de cambio en la relación de la comunidad la comunidad de Catacaos, en Piura, con su territorio-propiedad, que van desde estrategias más reivindicativas de definición de propiedad colectiva hasta otras que enfatizan diversas modalidades de control propietario y territorial.

Otras investigaciones señalan que algunas comunidades –como Michiquillay en Cajamarca– optan por la negociación, aunque siempre bajo la sombra del conflicto y la protesta (Bravo 2012). En este caso, así como en Tinyaclla (Huancavelica), las negociaciones con las empresas operan en el marco de procesos de afirmación de ciertos sectores de las comunidades, y terminan en procesos de fragmentación y generación de nuevas comunidades (Barriga 2012).

Todos estos procesos comunales, y probablemente varios otros, se inscriben en nuevas dinámicas de manejo y disposición de las comunidades campesinas que, al mismo tiempo que enfrentan nuevos contextos más complejos, involucran temas clásicos como la defensa de la tierra. También implican nuevos entornos institucionales en su relación con el Estado (presupuestos municipales, por ejemplo), así como la presencia en sus territorios de empresas de diverso tipo, que determinan la existencia de una serie de nuevos recursos comunales: nuevos emprendimientos productivos, turnos y oportunidades laborales y dinero en efectivo. Todo ello supone nuevas estrategias de gestión colectiva, distintas y complementarias a las tradicionales centradas en el desarrollo agropecuario y la defensa de la tierra. Un conjunto de trabajos recientes da cuenta de la multiplicidad de procesos en comunidades de Piura, Huancavelica, Cusco, Ayacucho y Pasco (Diez 2012b).

10. Estrategias campesinas (y no campesinas) en perspectiva

Los estudios sobre producción campesina de los tres últimos lustros esbozan un panorama bastante diferente del de los estudios clásicos de los años setenta y ochenta. En general, los trabajos revisados no buscan describir la economía campesina, sino analizarla en movimientos, rutas y procesos acordes con estilos de comportamiento y combinaciones de prácticas, y a partir de las perspectivas de análisis de estrategias de vida que

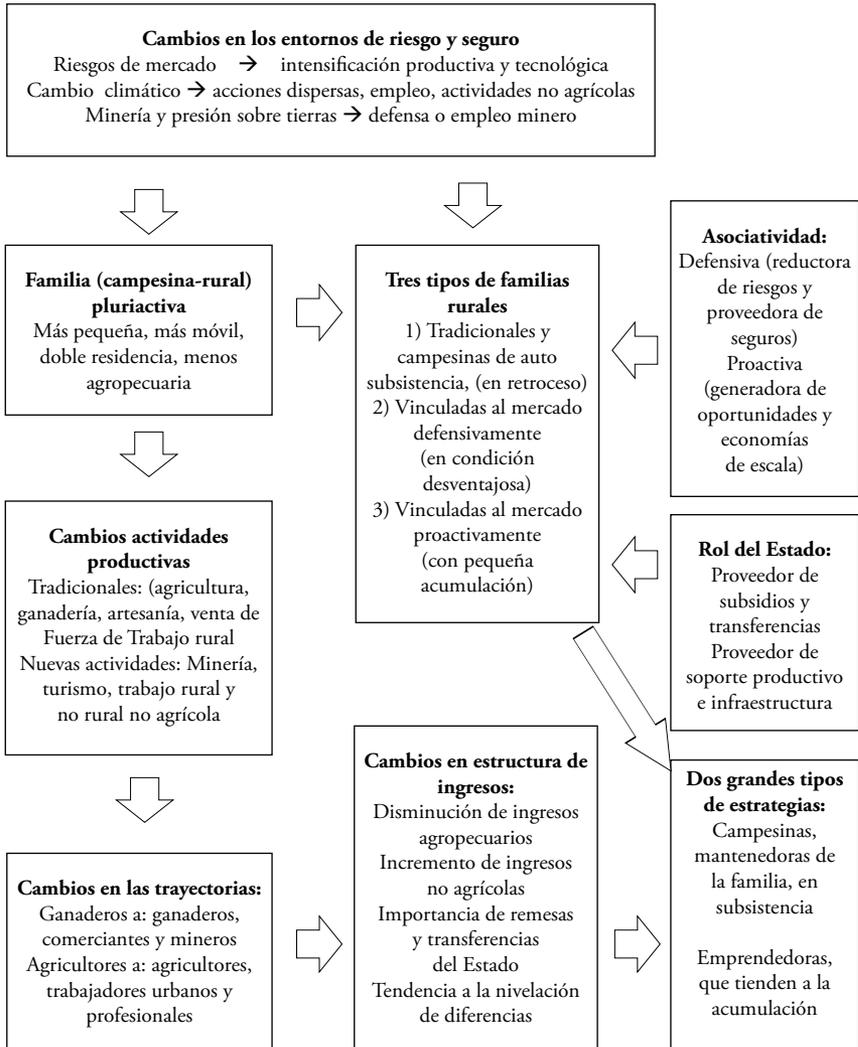
se adopten. De la atención a las actividades de las familias (productivas y no productivas) se ha pasado a un análisis que privilegia la combinación de las mismas como base para la comprensión de la población rural, su producción y reproducción social. Es en el conjunto combinado de actividades que identificamos lógicas de supervivencia, acumulación de activos o reducción de riesgos, procesos de inserción al mercado o de superación de la pobreza, lógicas capitalistas o lógicas de defensa o de elaboración de seguros frente a riesgos.

Se constatan cambios sensibles en la composición, residencia y vocación de las familias: su número de integrantes se reduce, en promedio; se desplazan, y permanecen distantes pero conectadas, e incrementan, en general, los niveles educativos en la perspectiva constante de mejores condiciones en la siguiente generación. Las ocupaciones de los miembros de las familias, sus niveles educativos y la residencia permanente de sus integrantes son también diversos y múltiples. Las familias siguen expulsando a sus miembros y promoviendo la migración por razones laborales o educativas, pero mantienen estrechos vínculos con ellos, de modo que esta dispersión geográfica es tanto resultado de sus nuevas estrategias como expresión de las mismas.

Bajo esta circunstancia, del conjunto de trabajos podemos desprender regularidades que describen *grosso modo* parte del conjunto de estrategias puestas en juego (ver Esquema 2):

1. La pluriactividad, más que la diversificación de actividades, caracteriza a las estrategias de las poblaciones y familias rurales. Si bien esto no se constata en todos los casos, es claramente una tendencia: la economía campesina y la de los pequeños productores rurales de costa, sierra y selva se encamina a ser cada vez más pluriactiva.
2. Existe también una tendencia a reconocer una mayor participación del mercado, cuya necesidad se acepta de manera creciente. La participación, que es buscada muchas veces y medianamente lograda otras, se reconoce como una necesidad de la propia pluriactividad de las familias que no pueden lograr su autoaprovechamiento o autosuficiencia. De esto se desprende que la participación en transacciones mercantiles no

ESQUEMA 2



Fuente: elaboración propia.

siempre sea exitosa y menos ventajosa para los pequeños productores. De hecho, en muchos casos, se trata de una participación “defensiva” antes que proactiva. No obstante, en el conjunto, la agricultura campesina tiene cada vez mayor vocación de mercado o inclinación hacia él.

3. En tercer lugar, encontramos unidades familiares que implementan estrategias múltiples: entre sus actividades se combinan aquellas de carácter tradicional, como la agricultura, la ganadería y la artesanía, con las que, sin ser completamente nuevas, eran menos comunes, como la minería, el turismo y la migración, que se hacen ahora cada vez más frecuentes y habituales. También se combinan actividades locales con extralocales y rurales con urbanas. Las combinaciones son singulares y múltiples y dependen de una multiplicidad de factores. En cualquier caso, como consecuencia de todo ello, hay cierta tendencia a la disminución de las actividades agropecuarias en el conjunto del accionar de las familias.
4. Consecuencia de lo anterior es la multiplicación de las fuentes de ingreso de las unidades domésticas, que combinan estrategias destinadas a la generación de dinero con otras que no lo son, pero que proveen de alimentos, seguridad, relaciones sociales, etc. Las fuentes de ingreso de las familias campesinas y de los productores rurales no se limitan a su actividad agropecuaria o a las actividades complementarias rurales, sino que corresponden a sus múltiples ocupaciones y actividades, rurales y no rurales, incluidas las transferencias de dinero y bienes por migración y remesas o por transferencia de programas del Estado. Los trabajos muestran también que los niveles de supervivencia y acumulación son diferenciados y que algunas familias logran un incremento suficiente de sus activos como para que puedan colocarse por encima de la línea de pobreza, aunque no es posible asegurar que esto sea permanente. En todo caso, las familias ya no dependen únicamente del campo y la producción rural, y se aprecia una reducción consistente de la agricultura como actividad productora de sus ingresos. Otras fuentes de ingreso no presentes hace algunas décadas, como el empleo rural y no rural, cobran particular importancia, sobre todo a partir de la expansión de las empresas agropecuarias y no agropecuarias presentes

en los espacios rurales. También deben tenerse en cuenta los ingresos por participación en actividades relativamente nuevas, como la minería y el turismo, aunque todavía son limitadas y se desarrollan en pocos espacios.

5. La minimización de los riesgos (climáticos, geográficos y mercantiles) y la necesidad de adaptación a los cambios en los entornos sigue siendo una constante en las estrategias de las familias. La necesidad de asegurar mínimos de subsistencia y de reservar parte de sus actividades a manera de seguro ante la posibilidad de fracaso o por el riesgo permanente son constantes en costa y sierra. Frente al cambio climático, en particular, recién se observan respuestas tentativas que aparentemente no se insertan aún en una respuesta específica y constante.
6. La asociatividad aparece como una estrategia de doble valencia: por un lado se inscribe en el conjunto de prácticas orientadas a brindar apoyo y seguridad a través de la reducción de riesgos y el aseguramiento de mínimos (en ingresos, contratos o provisiones) para la subsistencia, y por el otro, se constituye para algunas familias como un elemento importante de sus estrategias de crecimiento, acumulación e inserción en el mercado.
7. El Estado provee parte de los recursos y configura parte de las opciones consideradas como activos en las estrategias de las familias rurales. La provisión de bienes públicos (carreteras, servicios de salud y educación), que amplían las posibilidades de las actividades productivas y reproductivas de las familias, así como los diversos proyectos de desarrollo implementados, que multiplican actividades, y las transferencias condicionadas son aprovechadas y movilizadas por las familias en estrategias diversas: unas hacia la acumulación y el crecimiento; otras hacia la supervivencia.

En general, se puede decir que el conjunto de estrategias analizadas en los estudios configuran una serie de itinerarios y trayectorias diversas, que son sistematizables y discretas (en el sentido de que configuran un número limitado de posibilidades en cada espacio revisado), y que, independientemente

de la vocación de dichas prácticas (hacia el crecimiento y la acumulación o hacia la supervivencia y mantenimiento o hacia la reducción de riesgos), parecen mostrar la permanencia endémica de una economía rural campesina, independientemente de la orientación al mercado de algunos productores y productos. Asimismo, si bien la integración, la movilidad y la pluriactividad parecen contribuir a que una porción importante de la población rural pueda salir de la pobreza monetaria, otra parte se mantiene en dichas condiciones.

TERCERA PARTE:

Debates pendientes

11. Los debates sobre las estrategias de las familias: ¿campesinas?, ¿productoras?, ¿pluriactivas?

Varios de los trabajos reseñados nos remiten a las discusiones sobre la naturaleza del comportamiento económico y social de las familias campesinas y de los pequeños productores rurales. Hace cuatro décadas, las discusiones sobre los campesinos incidían en su definición y sus particularidades, y en su posición en el proceso de desarrollo y expansión del capitalismo y los procesos de modernización, así como en las políticas estatales deseables frente a dichos procesos (Heynig 1982). Los estudiosos agrarios se constituían en *campesinistas* o *descampesinistas*, dependiendo de sus alternativas políticas y su posición frente al futuro deseable del campesinado. Los debates académicos se inscribían en debates políticos, los marcos analíticos se construían desde la teoría marxistas, pero también desde las perspectivas campesinistas de Chayanov.

Los análisis contemporáneos sobre las estrategias de las familias campesinas, su posición frente al mercado y sus resultados económicos, su residencia múltiple y su movilidad permanente, sus estrategias y orientaciones de acumulación, sus orientaciones de consumo, sus acciones colectivas y su asociatividad, nos invitan a repensar los antiguos debates, pero también plantean nuevas preguntas.

Chayanov, en 1925, sostenía que la producción campesina era básicamente familiar, que tenía una racionalidad propia orientada a la autosubsistencia y que respondía a procesos de acumulación y desacumulación marcados por los ciclos de crecimiento y disolución de las unidades domésticas –lo que algunos autores llamaron “diferenciación demográfica”–. Lenin, por su parte, en 1928, ubicaba al campesino en el marco de las lógicas de la pequeña acumulación rural y de los procesos de diferenciación económica, estableciendo criterios de diferenciación económica campesina, de acuerdo con la relación entre disponibilidad de tierras y capacidad laboral familiar. Y Wolf, en 1966, definía al campesino por su condición dominada y subordinada y por la generación de una renta apropiada externamente⁵.

¿Cómo interpelar estos debates a la luz de la evidencia y los análisis reseñados en este balance? Un conjunto de estudios y análisis insisten en la persistencia de la condición “campesina” de una parte importante de la población rural. En su revisión de los trabajos clásicos sobre familias campesinas, Escobal y Ponce (2012) encuentran siete dimensiones que caracterizarían una economía rural como campesina: escala y base tecnológica, lógica económica (reproducción simple versus acumulación), grado de integración al mercado, separabilidad entre decisiones de producción y consumo, relaciones comunales, estrategias de diversificación y niveles de aversión al riesgo y de subordinación. Bajo esta matriz de análisis, estiman que “si definiéramos como campesino al productor simultáneamente considerado en las siete dimensiones, el porcentaje resultaría mínimo (entre 1% y 4%)” (55). Es decir, si todas las dimensiones señaladas son requisito para la condición de campesino, entonces, los campesinos no existen. Sin embargo, afirman también que si se considera al menos una de las variables, todos serían campesinos (ibíd.). Entre estos dos polos, proponen obtener un promedio de las dimensiones, con lo que entre el 60 y el 70% de los agricultores incluidos en su muestra podrían ser considerados campesinos. Podríamos señalar entonces que, en promedio, tres cuartas partes de las familias productoras rurales pueden ser consideradas de ese modo.

⁵ Bretón (1993) sistematiza cuatro tipos diferentes en la caracterización de la producción campesina en los debates clásicos: cultura tradicional, economía campesina, segmento subordinado y residuo histórico.

Por otro lado, los trabajos sobre rentabilidad de la pequeña agricultura de costa, orientada al mercado antes que a la reproducción o al autoaprovechamiento, arrojan en la gran mayoría de los casos situaciones de pérdida o descapitalización (Gorriti 2003), y lo mismo ocurre con algunas familias de productores de sierra integrados a circuitos mercantiles (Escobal y Ponce 2012). La participación en el mercado en condiciones desfavorables y con resultados adversos invita a seguir identificando a estos productores como campesinos.

Las familias analizadas en la costa de Ica por Silva-Novoa (2011) muestran que la ocupación agraria de la gran mayoría de las familias de parceleros rurales de Ica es básicamente defensiva y de refugio, y no constituye su principal actividad productiva: la mayor parte de su ingreso y de su consumo provienen de actividades no agrícolas y eventualmente no rurales. Ello parece indicar que, aun en el marco de procesos de descampesinización, se conserva una serie de elementos de continuidad, identidad y opciones “campesinas”. Los productores agrarios de costa, aparecen como campesinos, en este sentido, por sus opciones identitarias y sus estrategias de seguridad y subsistencia.

En la vereda opuesta, Webb (2013) postula la inevitable inclinación de las lógicas productoras hacia la integración, la economía moderna y las prácticas de consumo que acercan a la población rural con la urbana. Sus análisis se enmarcan en el sentido común dominante del desarrollo de actitudes empresariales en poblaciones emergentes, que sería también una realidad en el campo, en donde los productores, en consecuencia, deberían ser considerados como pequeños empresarios rurales. Los estudios sobre pequeños productores que muestran una orientación al mercado (Gorriti 2003; Trivelli, Escobal y Revesz 2006; Barriga 2012; Lastra 2013) muestran productores de cultivos comerciales, con limitada rentabilidad, que se asocian tanto para insertarse al mercado como por criterios de seguridad. Ellos arriesgan y acumulan, pero conservan una serie de prácticas tradicionales como la autoproducción de alimentos, así como estrategias defensivas y de seguridad que hacen poco razonable calificarlos como pequeños empresarios.

Surge la sensación, a partir de todo esto, de que las preguntas planteadas sobre la evolución del campesinado en Rusia en las primeras décadas del siglo

XX, y su reedición más próxima respecto del campesinado latinoamericano, en las décadas del sesenta y setenta, que se preguntaban acerca de su futuro y si los campesinos realmente existían (Esteva 1978), son incluso más relevantes hoy, aunque quizás habría que ponerlas al día.

Van der Ploeg (2010) propone la lectura de los cambios en los contextos campesinos a partir del desplazamiento de una serie de temas clásicos en el estudio del campesinado: del tema de la tierra al capital ecológico; de las lógicas de subsistencia al autoaprovisionamiento; de la integración parcial al mercado a la construcción activa del distanciamiento; de las lógicas rutinarias a la coproducción dinámica; de la situación de subordinación a las múltiples resistencias, y de las lógicas de la comunidad local a la de las redes extendidas y nuevas plazas de mercado. El contexto y las lecturas sobre las sociedades agrarias han cambiado, así como la naturaleza de las dinámicas y prácticas de los pobladores rurales. En suma, se plantea la existencia de una población rural más conectada a circuitos globales, pero cuyos miembros al mismo tiempo mantienen activamente su condición como pobladores/productores rurales por decisión propia, antes que como efecto de la continuidad histórica y la pasividad⁶.

En este sentido, quizás deberíamos preguntarnos si los pequeños productores existen, y a partir de ello abordar el problema desde interrogantes nuevas, con un punto de partida diferente. Es claro que no estamos tratando con sociedades tradicionales, sino con grupos de productores modernos e integrados al mercado y a la sociedad mayor en condiciones diversas, con orientaciones propias y compartidas, y con distintos resultados económicos, en muchos casos desfavorables para las unidades domésticas y los pobladores rurales.

⁶ Desde las perspectivas de la globalización, algunos autores proponen abandonar el concepto. Kearney (1996), por ejemplo, postula más bien la característica pluriactiva y multilocal del poblador urbano-rural, que puede estar (y está) en más de un espacio al mismo tiempo. Señala la dificultad de caracterizar a una población rural a partir de un conjunto de categorías estáticas, cuando se trata de una población que se moviliza de manera permanente y que incluye este desplazamiento entre sus opciones y estrategias de supervivencia y desarrollo.

A partir de esto, y a manera de cierre, es oportuno proponer una serie de puntos por debatir, para los que probablemente no tengamos respuestas simples, pero cuya discusión enriquecería nuestra comprensión de los fenómenos y procesos, sentidos y relaciones, condiciones y situaciones, que pretendemos analizar en nuestras reuniones del Sepia y nuestros trabajos de investigación. No se mencionan en un orden específico, y de hecho están interrelacionados unas con otras.

¿Será que lo que hace tales a los campesinos o a los pobladores rurales es su posición entre la subsistencia y el mercado? Gonzales de Olarte (1995) definía al campesino como aquel que se ubicaba entre dos mundos, dos lógicas de producción y dos perspectivas de proveimiento de la subsistencia. Años antes, Marisol de la Cadena y Jürgen Golte (1983) hablaban de la codeterminación de la producción campesina, dependiente al mismo tiempo de lógicas locales de subsistencia y mantenimiento de la familia y lógicas de obtención de circulante –dinero– que los impulsaban a participar en mercados como parte de sus necesidades básicas. Mayer (2006) afirmaba que el campesino tenía que satisfacer tres necesidades: casa, chacra y dinero. En cualquier caso, se sobreentendía que el campesino se movía en una posición de baja o inexistente acumulación. ¿Qué pasa entonces con los campesinos que acumulan? ¿El tránsito de campesino a pequeño productor podría suponer un cambio en su condición y, por lo tanto, requerir de un nuevo contenido explicativo? Ello nos lleva a reflexiones complementarias, y a preguntarnos, por ejemplo, si la pobreza es una condición para ser considerado campesino.

Por otro lado, la discusión sobre las lógicas de subsistencia frente a las de acumulación nos puede llevar hacia otra línea de debates: ¿hablamos de percepciones y vocación productiva o de los resultados, en activos e ingresos, de las actividades económicas de las familias rurales? Es decir, planteamos la pregunta en términos de la eventual existencia de una racionalidad campesina, con sus consecuencias analíticas –como el funcionamiento de ‘mecanismos de cálculo’ específicos (Mayer y Glave 1992)–, o más bien hablamos de prácticas y relaciones campesinas en función de sus resultados económicos. La evidencia acerca de la rentabilidad económica campesina apunta a que una parte (¿importante?) de la pequeña producción subsiste porque no se evalúa el costo del trabajo (el productor se autoexplota), pero mantiene dicho

subregistro por razones diversas: porque no es consciente del mismo, porque no tiene alternativa de sustento, porque la producción agraria contribuye a una economía de aportes o porque su finalidad es proveer un seguro antes que ser una fuente principal de ingresos.

Otra pregunta importante es cómo definimos a los pequeños productores emergentes. Parte creciente de la población activa rural se dedica a producir para el mercado. Más allá de sus resultados, planifican y orientan sus estrategias a la productividad, la competitividad, la inserción consciente y rentable de producción agrícola –y eventualmente a su transformación– con miras a su comercialización y en la perspectiva de crecer, mejorar ingresos y, en varios casos, ampliar su capacidad productiva y su rentabilidad. Ciertamente, muchos de ellos no son propiamente “empresarios agrarios”, aun cuando su actividad tenga algo de ello. Se agrupan en cooperativas y asociaciones, generan eventualmente economías de escala y logran en ocasiones una inserción exitosa y rentable. Y, sin embargo, por la limitada dimensión de su capital, de sus operaciones y de su producción, siguen siendo pequeños e incluso demasiado pequeños para pensar en ellos siquiera como *farmers*. Existe, a partir de esto, la tentación de mantener la definición de “campesino” para los productores más próximos a lógicas defensivas o de supervivencia y guardar el de “pequeño productor” para aquella población que produce para el mercado intencionalmente y tiene resultados positivos.

La apuesta de Escobal y Ponce (2012) invita a una reflexión epistemológico-conceptual. ¿Y si la cuestión del campesinado es una discusión sobre promedios y poblaciones promedio y no sobre características discretas? Es una salida tentadora, y sin embargo quizá nos envíe a una discusión más amplia sobre cuáles de las condiciones habitualmente mencionadas en la definición de “campesino” son suficientes para que podamos considerar a un poblador rural como tal. Esta pregunta nos lleva a repensar las características que definirían “lo campesino” en el mundo contemporáneo y probablemente nos obligue a cuestionar algunas categorías clásicas.

Otro tema a discutir y repensar es la condición del campesino o productor orientado al mercado como poblador rural. La multirresidencia de los pobladores rurales es recurrentemente señalada en los estudios analizados.

¿Cuáles son las consecuencias de la migración permanente o estacional y de la movilidad de los nuevos pobladores rural-urbanos? Quizá la movilidad, el desplazamiento y conectividad permanentes convierten la imagen histórica del poblador rural (y del campesino) en obsoleta. Ello se aplica a la propia condición de ruralidad de las familias nucleares. ¿Sigue siendo rural una familia cuando la mitad de sus miembros o más reside en espacios urbanos?

Un desvío analítico interesante y tentador es abandonar el debate sobre la condición de campesino o pequeño productor de los residentes/trabajadores rurales, y centrar la discusión, en cambio, en el análisis y la caracterización de las estrategias que desarrollan y adoptan, distinguiendo entre estrategias campesinas (orientadas a dar seguridad y aprovisionamiento; centradas en la consolidación y en las necesidades de las familias) y estrategias de acumulación orientadas al crecimiento, la ganancia y la expansión sostenida del capital familiar. Las estrategias campesinas serían aquellas más defensivas, mientras que las otras más proactivas. Este enfoque nos ahorraría la discusión sobre la caracterización de la población rural y permitiría una mirada menos esencialista del poblador rural, además de permitirnos ordenar analíticamente las constataciones sobre pluriactividad de las familias, diferenciando aquella más “defensiva” de la más orientada al crecimiento y la expansión de posibilidades.

Un enfoque diferente se refiere a la condición de subordinación y marginalidad económica y política de la población rural y, sobre todo, la campesina. Así, de acuerdo con una definición como la de Wolf (1966), si los resultados socioeconómicos del intercambio rural urbano continúan siendo desfavorables para la población rural, podríamos estar frente a una población esencialmente campesina. Ello nos remite y nos obliga a problematizar la situación de ciudadanía y la capacidad (real) no solo de participar en las elecciones, sino de tomar de decisiones sobre su desarrollo, su futuro, sus alternativas, o sobre la conveniencia o no del desarrollo de actividades extractivas, por ejemplo. Ello permitiría también enmarcar el análisis sobre el “nuevo proletariado rural”, o como se decida denominar al conjunto creciente de trabajadores, la mayoría de las veces sin tierras, que trabajan a destajo o

por temporadas en las múltiples ocupaciones relacionadas con la nueva gran agricultura comercial y de exportación. Muchos de ellos residen en espacios rurales, aunque un número no conocido lo hace en nuevos asentamientos que tienen más de entornos urbanos que las características, los servicios o las dinámicas sociales propias de los pueblos rurales.

Quizá lo que distinga unas poblaciones de las otras podría ser la referencia a un tipo de residencia y a un tipo de vida, o a la organización de las relaciones sociales. Quizá lo que defina a un poblador rural sea, en último término, el tipo (o la escala) de su asentamiento de residencia, así como el conjunto de costumbres y prácticas de relación (y quizás también la identidad) referidas a ello.

Al respecto, y como una ampliación de esta línea de razonamiento, podríamos pensar en la posibilidad de una vida rural postmaterialista vinculada a las políticas de retorno a las raíces y a otras formas de vida menos estresantes centradas en el autoaprovisionamiento antes que en la acumulación y el crecimiento. Aunque suena utópico, hay una serie de referencias y proyectos que apuntan en dicha dirección, vinculados también a consideraciones económicas que asignan a los ámbitos rurales funciones ecológicas, de conservación y recuperación de atmósfera, y que en algunos discursos se vinculan a visiones de etnodesarrollo y alternativas nativistas globales de futuro. Resta analizar si tales futuros son posibles y si en el estado actual del desarrollo de nuestras sociedades es posible pensar en sostenibilidad sin pasar por el mercado.

Finalmente, personalmente pienso que las preguntas sobre los campesinos y los productores agrarios, sobre sus estrategias, su movilidad, su indeterminación y sus “diversidades, alternativas y ambigüedades”, siguen siendo relevantes en las discusiones acerca de la caracterización, el análisis y las políticas públicas referidas al desarrollo rural.

BIBLIOGRAFÍA

ALDANA, Úrsula y Ricardo FORT

2001 *Efectos de la titulación y registro de tierras sobre el grado de capitalización en la agricultura peruana: una estimación basada en el III Censo Agropecuario*. Lima: Grade.

ALVARADO, Javier

1996 *Los contratos de tierras y crédito en la pequeña agricultura. Un análisis institucional*. Lima: Centro Peruano de Estudios Sociales.

BARRIGA, Paola

2009 “Funcionamiento de cooperativas cafetaleras y su impacto en la vida familiar de sus asociados: casos de familias de dos sectores de la provincia de La Convención vinculadas a la Cooperativa Maranura y a la central de cooperativas COCLA, 2009”. Lima: PUCP. Tesis de Licenciatura en Antropología.

BIFFI, Valeria

2005 “El dilema de la representación, la etnicidad y la imagen del nativo amazónico ante el desarrollo del turismo en la Comunidad Nativa Ese Eja de Palma Real - Tambopata, Perú”. Lima: PUCP. Tesis de Licenciatura en Antropología.

BRETÓN, Víctor

1993 “¿De campesino a agricultor? Pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”. *Noticiero de Historia Agraria No. 5*. 127-159.

BURGA, María

2009 “Prácticas alimentarias durante un contexto de cambio estacional: el caso de la comunidad altiplánica de Tantamaco, Puno”. Lima: PUCP. Tesis de Licenciatura en Antropología.

BURNEO, Zulema

2011 *El proceso de concentración de la tierra en el Perú*. Roma: ILC, CISEPA y CIRAD.

BURNEO, María Luisa y Susana ELIZARBE

1999 *Tierras comunales y conflicto con el estado: el caso de Olmos*. Informe. Lima: CEPES.

CASTILLO, Pedro

2009 *El derecho a la tierra y los acuerdos internacionales: el caso del Perú*. Lima: CEPES - ILC.

2010 *Límites a la propiedad de la tierra. Antecedentes legales*. Lima: CEPES.

CELI REYNA, María Fe.

2011 “Nuevas comunidades campesinas, minería y responsabilidad social empresarial: tensiones dinámicas y retos en las áreas rurales. Los casos de las comunidades campesinas de Chuyugual, Challuate y El Milagro en la sierra de La Libertad”. Lima: PUCP. Tesis de Licenciatura en Antropología.

CETRARO, José, Esperanza CASTRO y Julio CHÁVEZ

2007 *Nueva ruralidad y competitividad territorial*. Lima: Centro Ideas.

CHAMBERS, Robert y Gordon CONWAY

1991 *Sustainable Rural Livelihoods. Practical Concepts for the 21st Century*. Documento de discusión. Brighton: IDS.

CHAYANOV, Alexander

1974 [1925] *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

COSTAS, Pilar (coordinadora)

2010 *Tierra de mujeres*. La Paz: ILC.

CRESPEIGNE, Edouard, Edgar OLIVERA, Raúl CCANTO y María SCURRAH

2010 “Exploración de las estrategias y prácticas de una comunidad campesina de los Andes centrales frente a los riesgos extremos asociados al cambio climático”. En *Perú, el problema agrario en debate. SEPIA XIII*. Lima: SEPIA. 260-290.

CRUZADO, Edgardo

2001 *La comunidad campesina San Juan Bautista de Catacaos y las repercusiones del proyecto de titulación patrocinado por el Estado peruano: estrategia, eficacia y condiciones para su sostenibilidad*. Buenos Aires: CLACSO.

CUADROS, Julia

2011 “Impactos de la minería en la vida de hombres y mujeres del Sur Andino. Los casos de Las Bambas y Tintaya”. En ILC. *Mujer rural. Cambios y permanencias en América Latina*. Lima: CEPES, ALOP e ILC. 207-238.

DAMONTE, Gerardo

2008 “Industrias extractivas, agricultura y uso de recursos naturales: el caso de la gran minería en el Perú”. En Damonte, Gerardo, Bernardo Fulcrand y Rosario Gómez (editores). *Perú: el problema agrario en debate. SEPIA XII*. Lima: SEPIA. 19-76.

DE GRAMONT, Hubert y Luciano MARTÍNEZ (compiladores)

2009 *La pluriactividad en el campo latinoamericano*. Quito: FLACSO.

DEGREGORI, Carlos Iván y Ludwig HUBER

2006 “Cultura, poder y desarrollo rural”. En Iguíñiz, Javier, Javier Escobal y Carlos Iván Degregori (editores). *Perú: el problema agrario en debate. SEPIA XI*. Lima: SEPIA. 451-500.

DE HAAN, Leo y Annelies ZOOMERS

2005 “Exploring the Frontier of Livelihoods Research”. *Development and Change* 36 (1). 27-47.

DEL CASTILLO, Laureano.

1995 “La ley de tierras y los límites al derecho de propiedad”. *Debate Agrario* No. 23. 13-35.

1997 “Propiedad rural, titulación de tierras y propiedad comunal”. *Debate Agrario* No. 26. 59-79.

DE LOS RÍOS, Carlos y Carolina TRIVELLI

2008 *La dinámica del mercado de tierras y las opciones de los pequeños agricultores comerciales. ¿Quiénes se están beneficiando?* Lima: IEP y CIES.

DIEZ, Alejandro

- 1999 “Diversidades, alternativas y ambigüedades: instituciones, comportamientos y mentalidades en la sociedad rural”. En Ágreda, Víctor, Alejandro Diez y Manuel Glave (editores). *Perú: El problema agrario en debate. SEPIA VII*. Lima: SEPIA. 247-326.
- 2011 “Tres utopías sobre la propiedad (absoluta) de la tierra. Reflexiones a partir del acceso de mujeres campesinas a tierras comunales en Huancaavelica”. En ILC. *Mujer rural. Cambios y permanencias en América Latina*. Lima: CEPES, ALOP e ILC. 83-116.
- 2012a “Gobierno comunal: entre la propiedad y el control territorial. El caso de la comunidad de Catacaos”. En *Perú, el problema agrario en debate. SEPIA XIV*. Lima: SEPIA. 115 -149.
- 2012b “Nuevos retos y nuevos recursos para las comunidades campesinas”. En Diez, Alejandro (editor). *Tensiones y transformaciones en comunidades campesinas*. Lima: CISEPA-PUCP. 21-35.

DIRVEN, Martine

- 2004 “El empleo rural no agrícola y la diversidad rural en América Latina”. *Revista de la Cepal* No. 83. Santiago de Chile. 49-70.
- 2007 *Pobreza rural y políticas de desarrollo: avances hacia los objetivos de desarrollo del milenio y retrocesos de la agricultura de pequeña escala*. Serie Desarrollo Productivo 183. CEPAL: Santiago de Chile.

EGUREN, Fernando

- 2003 “La agricultura de la costa peruana”. *Debate Agrario* No. 35. 1-38.

ESCOBAL, Javier, Carmen PONCE, Ramón PAJUELO y Mauricio ESPINOZA

- 2012 *Estudio comparativo de intervenciones para el desarrollo rural en la sierra sur del Perú*. Lima: Fundación Ford y GRADE.

ESCOBAL, Javier y Carmen PONCE

- 2012 “Una mirada de largo plazo a la economía campesina en los Andes”. En GRADE. *Desarrollo rural y recursos naturales*. Lima: GRADE. 15-93.

ESCOBAL, Javier

- 2004 “Los determinantes de la diversificación del ingreso no agrícola en el Perú rural”. En CEPAL. *Empleo e ingresos rurales no agrícolas en América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL, PNUD, RIMISP y BID. 149-164.

2006 “Desarrollando mercados rurales: el rol de la incertidumbre y la restricción crediticia”. Documento de trabajo 49. Lima: GRADE.

ESTEVA, Gustavo

1978 “¿Y si los campesinos existen?” *Comercio Exterior* 28 (6). 699-713.

ETESSE, Manuel

2012 “La ciudad se acerca: un estudio de las dinámicas y estrategias de la comunidad campesina Uñas ante la expansión urbana de Huancayo”. En *Perú, el problema agrario en debate. SEPIA XIV*. Lima: SEPIA. 91-114.

FIGALLO, Guillermo

1989 “Limitaciones a la libre compra-venta de tierras en la Reforma Agraria Peruana”. *Debate Agrario* No. 5. 61-72.

1991 “Registro de predios rurales, mercado libre de tierras e hipoteca popular”. *Debate Agrario* No. 10. 59-82.

GIARRACA, Norma (compiladora)

2001 *¿Una nueva ruralidad en América latina?* Buenos Aires: CLACSO.

GILVONIO, José

1998 “Nuevos modos de vida y nuevas percepciones culturales sobre comunidad”. Lima: PUCP. Tesis de Magíster en Antropología.

GLAVE, Manuel

2007 “Mercado de tierras y desarrollo sostenible: lecciones aprendidas y oportunidades para los Andes Peruanos”. Informe final. Lima: GRADE.

GOLTE, Jürgen

2003 *Cultura, racionalidad y migración y cultura andina*. Lima: IEP.

GONZÁLEZ, Fernando

2007 “Composición de destinos turísticos y cambios generados en la población: el caso de Máncora”. Lima: PUCP. Tesis de Licenciatura en Antropología.

GORRITI, Jorge

2003 “¿Rentabilidad o sobrevivencia? La agricultura de la costa peruana”. *Debate Agrario* No. 35. 39-64.

HENDRIKS, Jan

1990 “Las grandes irrigaciones de la costa peruana: ¿quién paga el precio?”
Alternativa, Revista de Análisis del Norte. Chiclayo.

HUAMÁN, Margarita

2004 “Estrategias productivas y situación de los recursos naturales: estudio de caso en una comunidad nativa de la sierra central”. En Eguren, Fernando, María Isabel Remy y Patricia Oliart (editores). *Perú: El problema agrario en debate. SEPIA X*. Lima: SEPIA. 538-567.

HURTADO, Isabel

2000 “Dinámicas territoriales: afirmación de las ciudades intermedias y surgimiento de los espacios locales”. En Hurtado, Isabel, Carolina Trivelli y Antonio Brack (editores). *Perú: El problema agrario en debate. SEPIA VIII*. Lima: SEPIA. 19-62.

ILC (Internacional Land Coalition)

2011 *Mujer rural. Cambios y permanencias en América Latina*. Lima: CEPES, ALOP e ILC.

INEI (Instituto Nacional de Estadística e Informática) y MINAG (Ministerio de Agricultura)

2013 *IV Censo Nacional Agropecuario. El nuevo rostro del campo. Resultados preliminares a nivel provincial*. Lima.

INEI (Instituto Nacional de Estadística e Informática)

2012 *IV Censo Nacional Agropecuario. Resultados preliminares*. Lima.

INURRITEGUI, Marisol

2006 “El rol del capital social en la pequeña agricultura comercial de Piura”.
Lima: PUCP. Tesis de Magíster en Antropología.

KEARNEY, Michael

1996 *Reconceptualizing the Peasantry: Anthropology in Global Perspective*.
Boulder: Westview Press.

KOC, Nathalie

2001 “Minería, economía y racionalidad: transformaciones en la comunidad campesina de Huachocolpa, Huancavelica-Perú”. Lima: PUCP. Tesis de Licenciatura en Antropología.

LASTRA, Dafne

2013 “Las estrategias familiares de pequeños productores y su articulación al mercado: el caso de las familias dedicadas a la caficultura y apicultura en el distrito de San Ignacio, provincia de San Ignacio, Cajamarca”. Lima: PUCP. Tesis de Licenciatura en Antropología.

LEHMANN, David

1980 “Ni Chayanov ni Lenin. Apuntes sobre la teoría de la economía campesina”. *Estudios Rurales Latinoamericanos* 3 (1). Bogotá. 5-23.

1986 Two Paths of Agrarian Capitalism. Or a Critique of Chayanovian Marxism. *Comparative Study of Society and History* 28 (2). 601-627.

LENIN, Vladimir Ilich

1971 [1899] *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Lima: UNMSM.

LOAYZA, Jorge

1988 “El repliegue de la economía comunera en Ayacucho (Pacaycasa, Quinua y Acos Vinchos)”. En: *Perú, el problema agrario en debate. SEPIA II*. Lima: SEPIA. 495-514.

LOZANO, Marco

2006a “Parentesco y movilidad en las estrategias campesinas de las familias aymaras del Alto Tambopata – Puno”. Lima: PUCP. Tesis de Licenciatura en Antropología.

2006b “Elementos para una clasificación de estrategias familiares campesinas en el Alto Tambopata”. *Debate Agrario* No. 40-41. 85-98.

MÁLAGA, Ximena

2012 “Turismo y organización comunal en el valle sagrado del Cusco: el caso de Huama y Pampallacta”. En Diez, Alejandro (editor). *Tensiones y transformaciones en comunidades campesinas*. Lima: CISEPA-PUCP. 207-221.

MAYER, Enrique y Manuel GLAVE

1992 *La chacra de papa. Economía y ecología*. Lima: CEPES.

MAYER, Enrique

2004 *Casa, chacra y dinero. Economías domésticas y ecología en los Andes*. Lima: IEP.

POSTIGO, Julio

2009 *Estrategias de adaptación y gestión del riesgo frente al cambio climático en tres regiones del Sur Andino peruano*. Lima: CEPES, Asociación Arariwa, DESCO y Grupo Propuesta Ciudadana.

QUIJANDRÍA, Benjamín, Cristina ESPINOZA, Víctor ÁGREDA,
Rosario VALER y Amalia GARCÍA

1988 “Sistemas de producción y economía campesina: caracterización y estrategias productivas como base de políticas agrarias”. En *Perú, el problema agrario en debate. SEPIA II*, Lima, SEPIA. 123-166.

REARDON, Thomas, Julio BERDEGUÉ y Germán ESCOBAR

2004 “Empleo e ingresos rurales no agrícolas en América Latina: síntesis e implicaciones de políticas”. En CEPAL. *Empleo e ingresos rurales no agrícolas en América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL, PNUD, RIMISP y BID. 15-43.

REMY, María Isabel

2004 “Autoridad, gobierno y ciudadanía. Sociedades rurales en democracia”. En Eguren, Fernando, María Isabel Remy y Patricia Oliart (editores). *Perú: El problema agrario en debate. SEPIA X*. Lima, SEPIA. 237-276.

REVESZ, Bruno

1997 “Espacios rurales y sociedad nacional”. En: Gonzales de Olarte, Efraín, Bruno Revesz y Mario Tapia (editores). *Perú: El problema agrario en debate. SEPIA VI*. Lima, SEPIA. 283-324.

RUIZ BRAVO, Patricia y CASTRO, María del Rosario

2011 “La situación de las mujeres rurales en América Latina”. En: ILC. *Mujer rural. Cambios y permanencias en América Latina*. Lima: CEPES, ALOP e ILC. 1-36.

SÁENZ-SEGURA, Fernando, Pascale SCHUIT, Robert SCHIPPER,
Jean LE COQ y Roy MORA

2012 “Estrategias de vida de hogares rurales y conservación de recursos naturales. Un caso de estudio en la zona de amortiguamiento del Parque Internacional La Amistad, Región Brunca, Costa Rica”. En *Perú, el problema agrario en debate: SEPIA XIV*. Lima: SEPIA. 207- 236.

SALAS, Guillermo

2002 "Familias campesinas y articulaciones económico políticas: el distrito de San Marcos al inicio del proyecto Antamina". En Pulgar Vidal, Manuel, Eduardo Zegarra y Jaime Urrutia (editores). *Perú, el problema agrario en debate: SEPIA IX*. Lima: SEPIA. 604-643.

SÁNCHEZ, Patricia

2010 "Transformaciones en las actividades y estrategias familiares: de la hacienda al proyecto minero. El caso de las familias de la comunidad campesina de Cuncashca, sierra de Áncash (1950-2009)" Lima: PUCP. Tesis de Licenciatura en Antropología.

SCOONES, Ian

1998 "Sustainable Livelihoods. A Framework for Analysis". Documento de trabajo 72. Sussex: IDS.

2009 "Livelihoods perspectives and rural development". *Journal of Peasant Studies* 36. 171-196.

SILVA-NOVOA, Luis Miguel

2011 "Estrategias productivas de pequeños agricultores comerciales en un centro poblado de Ica". Lima: PUCP. Tesis de Licenciatura en Antropología.

SINGH, Naresh y Perpetua KALALA

1995 *Adaptive Strategies and Sustainable Livelihoods. Adaptive Strategies and Sustainable Livelihoods: Community Studies*. Winnipeg: International Institute for Sustainable Development.

SOTO, José Luis, Enrique VALDIVIA, Álex CUADROS y Rosario BRAVO

2012 *Descripción de sistemas de rotación de cultivos en parcelas de producción de quinua en cuatro zonas (siete distritos) del altiplano peruano*. Puno: UNA - Centro de Investigación de Recursos Naturales y Medio Ambiente, y CICADER.

MORSE Stephen, Nora MCNAMARA y Moses ACHOLO

2002 *Sustainable Livelihood Approach: A Critical Analysis of Theorie and Practice*. Geographical Paper 189. Reino Unido: University of Reading.

TRIVELLI, Carolina, Javier ESCOBAL y Bruno REVESZ

2006 *Pequeña agricultura comercial: dinámicas y retos en el Perú*. Lima: CIES, CÍPCA, GRADE e IEP.

UNIVERSIDAD ESAN

2008 “Estudio de titulación individual de las comunidades campesinas”. Informe de Investigación. Lima: Universidad ESAN.

URRUTIA, Jaime

2002 “Espacio, poder y mercado: preguntas actuales para una vieja agenda”. En Pulgar Vidal, Manuel, Eduardo Zegarra y Jaime Urrutia (editores). *Perú: El problema agrario en debate. SEPIA IX*. Lima, SEPIA. 473-517.

VAN DER PLOEG, Jan Douwe

2010 “The Peasants of the Twenty-first Century: the Commoditization Debate Revisited”. *Journal of Peasant Studies* 37 (1). 1-30.

VERÁSTEGUI, Vanessa

2013 “El proceso de valoración de la identidad cultural para el turismo rural: estudio de caso en la comunidad campesina de Patabamba”. Lima: PUCP. Tesis de Magíster en Antropología.

VIGO, Alcibíades

2006 “La nueva ruralidad: estrategias laborales del campesinado contemporáneo en la campiña de Moche - Lima”. Lima: PUCP. Tesis de Magister en Antropología.

ZEGARRA, Eduardo

1999 *El mercado de tierras rurales en el Perú*. Santiago de Chile: CEPAL y GTZ.

ZEGARRA, Eduardo, José Carlos ORIHUELA y Maritza PAREDES

2007 *Minería y economía de los hogares en la sierra peruana: impactos y espacios de conflicto*. Lima: GRADE.

ZOOMERS, Annelies y Antonio ARAMAYO (compiladores)

1998 *Estrategias campesinas en el Sur Andino de Bolivia: intervenciones y desarrollo rural en el norte de Chuquisaca y Potosí*. La Paz: CEDLA.

ZOOMERS, Annelies

2002 *Vinculando estrategias campesinas al desarrollo. Experiencias en los Andes bolivianos*. La Paz: Plural Editores.